

REVISTA EUROPEA.

Núm. 130

20 DE AGOSTO DE 1876.

AÑO III.

PORTUGAL DESPUES DE 1852.

III.

Expuestas las consideraciones que pide la historia lusitana, oportuno parece consignar algunos datos y cifras relativos á la actualidad del Reino hermano: cifras y datos tomados de varios documentos oficiales y algunos de carácter particular, referentes á los últimos quince años, por carecerse en Portugal, lo mismo que en España, de un trabajo que con relacion á uno solo establezca todo lo necesario al perfecto conocimiento del país.

El último censo de poblacion es del año 64, pero es fácil calcular la poblacion actual teniendo en cuenta la cifra del aumento anual en todo lo que va de siglo. Sobre movimientos de poblacion sólo hay datos de 1862. Respecto de obras públicas, industria y comercio son más recientes las Memorias. Pero el vacío que todos estos documentos pudieran dejar lo suplen la diligencia y los cálculos de dos distinguidos escritores portugueses: el Sr. Gerardo A. Pery, capitán de ejército, adjunto á la Direccion general de trabajos geodésicos de Portugal, y autor de un curiosísimo libro publicado en 1875 con el título de *Geographia e Estatistica general de Portugal é Colonias*; y el Sr. Alphonso de Figueiredo, antiguo empleado de Hacienda, cónsul de Portugal en Newcastle, y autor de una obra escrita en frances en 1873, con el título de *Le Portugal; Considerations sur l'etat de l'administration des finances, de l'industrie et du commerce de ce royaume et de sus colonies*; libros de los cuales están extractadas casi todas las noticias que siguen.

Componen el reino de Portugal las provincias del continente europeo, las islas adyacentes y las provincias ultramarinas.

Tiene la parte europea, la que en realidad merece el nombre de Portugal y á la que hay que referir toda la historia de este país de prestigios y esplendores, la figura—aproximada, se entiende—de un rectángulo de 558 kilómetros de largo, por 220 de ancho, en los puntos de mayor amplitud; viniendo á ser por su situacion y extension respecto de España, algo como lo que es el país de Gales respecto de Inglaterra.

El perímetro de sus límites es de 1.795 kilóme-

tros: de ellos 1.002 de fronteras (445 al Norte, provincias de Entre Douro é Minho, y Tras os Montes, frente á las españolas de Pontevedra, Orense y Zamora, y el resto al Este, frente á Salamanca, Cáceres, Badajoz y Huelva, que confinan con Tras-os-Montes, la Alta y Baja Beira, Alentejo y Algarve); y 793 de costas sobre el Atlántico, cuyas olas besan las playas de las provincias del Minho, Duero, Extremadura, Alentejo y Algarve, esto es, una extension muy próxima á la de nuestras costas cantábricas. La supercie es de 89.625 kilómetros cuadrados, repartidos del modo siguiente:

	Hectáreas.
Poblaciones.....	26.100
Caminos.....	20.094
Ocupadas por Rios y riberas.....	91.335
Montes.....	93.500
Arenales.....	60.000
	291.029
Superficie total.....	8.962.531
Superficie cultivable.....	8.671.502
ó sean 86.715 kilómetros cuadrados.	

Determinan su situacion geográfica los paralelos 37° y 42°; de modo que aquella corresponde á la de las provincias españolas de la costa de Levante, desde Barcelona hasta Almería, así como á las de las meridionales de Italia, desde los Abruzos hasta Sicilia y á las del Norte de Grecia. Como se desprende de los anteriores datos, el país es bastante montañoso (si bien sus mayores alturas,—como las de la sierra de la Estrella y de Montezinho,—no pasan de 1.993 y 1.600 metros sobre el nivel del mar, siendo el tipo comun 800), desarrollándose en él grandes valles como los de Chaves, Villa Rica y Beiteiros, y llanos como los de Almeida y Braganza. Sus rios desaguan en el Atlántico, y en su mayor parte proceden de España, más abundantes y amplios allí que cuando corren por nuestro territorio. El curso del Duero (cuyo total es de 640 kilómetros) es en Portugal de 255 kilómetros. El del Minho (236), de 65. El del Guadiana (700) de 207. El del Tajo (810) de 256.

La poblacion sube á 4.296.950 almas.

El aumento anual que fué en los siglos XV y XVI de 0,2 por 100, ha llegado á ser en el siglo que corre de 0,8: de modo que puede calcularse que la poblacion actual duplicará al cabo de 88 años.

Hállase la poblacion portuguesa muy desigualmente repartida: es muy densa en las provincias

* Véanse los números 124 y 126, págs. 40 y 99.

del Miño y Beira Alta, y muy escasa en Alentejo. El término general es 44,48 habitantes por kilómetro cuadrado. La población urbana es de 930.000 almas: la rural, de 3.370.000. Representa aquella, por tanto, el 21,7 por 100 de población total. Lisboa cuenta 190.000 habitantes, Oporto 80.000, Braga 19.600, y de 12.000 á 10.000 Coimbra, Evora, Setubar y Elvas. El aumento principal de la población se ha efectuado en las capitales. Del total de habitantes, 2.030.629 pertenece al sexo femenino, y 1.955.929 al masculino, siendo la proporción del primero 50,94 por 100, y del segundo 49,06. Por cada 100 habitantes hay 31,50 solteros, 15,44 casados y 2,12 viudos; 31,63 solteras, 14,92 casadas y 4,39 viudas.

Los nacimientos subieron en 1862 á 119.391, ó sea 2,7 por 1.000 del total de habitantes; y los muertos á 88.742, ó sea el 2 por 100. Los hijos legítimos representan el 83,1 por 100 de los nacidos, los legitimados el 0,6, los naturales el 8, y los expósitos el 8,3.

El término medio de la vida es en Portugal 32,2 años. Los casamientos (25.222) representan el 1 por 152,4 habitantes. La emigración (producida principalmente por el deseo de hacer fortuna ó la voluntad de huir del servicio militar) ha subido en 1870 á 8.887 individuos; y en 1874 á 10.368. Un total en cinco años de 46.828 hombres, y una proporción anual de 0,35 por 100 de población total. Casi toda la emigración es al Brasil. Después, en escasas proporciones, á la América del Norte.

Dividese el reino históricamente en siete provincias (Entre Douro é Minho, Tras-os-Montes, Beira Alta, Beira Baxa, Extremadura, Alentejo y Algarve), y en 17 distritos administrativos modernos (subdivididos en 268 concejos y 3.799 parroquias), dos distritos judiciales, relaciones ó audiencias (Lisboa y Oporto), 138 *comarcas* y 228 juzgados, 29 diócesis, tres departamentos marítimos, cinco divisiones militares y 92 círculos electorales.

Resulta de estos datos que Portugal viene á ser, como territorio, la quinta parte de España, mayor tres veces que Bélgica, más del doble de Suiza, bastante menor que las islas de Java y Cuba, casi igual que Irlanda, y mucho mayor que Baviera, Grecia, Dinamarca, Países-Bajos, Wurtemberg, Baden y Sajonia. En cambio, como densidad de población, su importancia es muy diversa. En España la proporción es de 31,66 por kilóm. c. (muy inferior á la de Portugal); en Bélgica, 164; en Suiza, 60,64; Baviera, 63,79. A la altura de Portugal (44'48) está Dinamarca, y por bajo Grecia, Turquía, Suecia y Wurtemberg (1).

El período de duplicación de la población en la

(1) Estos datos y todos los relativos á la estadística europea están tomados del libro de Mr. M. Block, titulado *L'Europe Politique et Sociale*. Paris, 1869.

Europa actual es de 498 años en Francia (0,35 por 100 anual), 99 Italia (0,70), 78 España (0,89), 53 Inglaterra (1,29). Portugal ocupa el noveno lugar en la escala que principia con Rusia, cuyo período de duplicación es de 50 años, y termina con Francia.

El término medio de los casamientos en Rusia es 1,04 por 100 habitantes; en España 0,80; en Italia 0,74. Portugal, pues, se halla por bajo. También el término medio de la vida, que es análogo al de España, está por bajo del ordinario del resto de Europa, que oscila entre 36 y 48 años.

A estos datos hay que unir los relativos á las islas adyacentes y las provincias ultramarinas. Son aquellas el Archipiélago de las Azores y el de Madera, distantes de Lisboa, el primero 925 millas inglesas, y el segundo 720, entrambos regidos por las mismas leyes y reglamentos que las provincias y distritos continentales. Las Azores se hallan en la amplitud del Atlántico entre los paralelos 36 y 40 Norte. Madera está más al Sur (paralelos 31 y 35), y sobre la costa occidental de Marruecos, entre las de nuestra baja Andalucía y las islas Canarias.

Constituyen el primero de estos archipiélagos nueve islas (Santa María, San Miguel, *Terceira*, Graciosa, San Jorge, Pico, Faial, Flores y Corvo) dispuestas en tres grupos que abarcan 112 leguas de 20 al grado. La superficie total 2.597 kilómetros; su población 260.072 almas. Forman tres distritos administrativos, uno judicial, una diócesis y tres círculos electorales.

El archipiélago de Madera lo constituyen las tres islas de Porto Santo, Madera y Desertas. Una superficie de 550 kilómetros cuadrados; una población de 118.609 almas, y un círculo electoral. Este archipiélago viene á ser en extensión la décima parte del de Canarias, y en población las dos terceras. El de las Azores más de la cuarta en el primer concepto, y excede en población á las islas españolas en cerca de un tercio.

El imperio colonial portugués se extiende por Africa hasta Asia, y en ambos mundos cuenta con establecimientos, así en los continentes como fuera de ellos. Llámense sus posesiones *Provincias*, y son siete: Islas de Cabo Verde, Islas de San Thomé y el Príncipe (en el Océano Atlántico), Angola (en la costa occidental del Continente africano), Mozambique (en la costa oriental), Goa (en la India) y las islas Macan y Timor, frente á Canton aquella, y en el archipiélago de la Sonda ésta.

La provincia de Cabo Verde comprende, no sólo las diez islas y dos islotes que constituyen el archipiélago de aquel nombre (de unos 2.929 kilómetros cuadrados), si que una extensión de 240 millas de costa y 60 leguas de interior (que hacen 8.400 kilómetros cuadrados), en la Guinea. Pueblan esta provincia unos 89.018 hombres, la casi totalidad

indígenas, si bien los africanos propiamente dichos no pasan de 6.000, que es la población de Guinea.

La provincia de Santo Thomé y Príncipe (islas situadas en el golfo de Matras ó Biatra, junto á Fernando Póo, en el mar de Guinea), abarca una superficie de 1.025 kilómetros cuadrados con 23.672 habitantes, de ellos sólo 815 europeos.

Angola es una vasta provincia en el Continente africano, que comprende nada menos de 600.000 kilómetros cuadrados de superficie y una población de 433.397 habitantes, de ellos sólo 2.863 europeos. Dividida en tres distritos, forma con la de Santo Thomé y el Príncipe un distrito judicial.

Mozambique, en la costa oriental de Africa y frente á Madagascar, tiene una extensión de 1.284.000 kilómetros cuadrados con 78.411 habitantes, de los cuales sólo 2.000 son blancos.

Goa, en el Continente asiático, dentro de la presidencia inglesa de Bombay, en el Indostan, domina un territorio contiguo de 5.400 kilómetros cuadrados, y la autoridad que en ella reside se extiende á Diu y Damão, pequeños territorios, éste de 80 kilómetros, y aquel (una isla) de 30, situados en el mismo Indostan. La plaza de Damao está sobre el golfo de Cambaye, á 150 millas de Goa, y Diu algo más arriba, en la costa de Guigowar. La población de toda la provincia es de 408.596 habitantes, de ellos sobre 2.000 europeos y 1.000 africanos.

Macao no tiene de superficie más de cuatro kilómetros, y la parte portuguesa de la isla de Timor pasa quizá de 17.000, en los que se comprende la pequeña extensión de la adjunta isla de Pulo-Cambing. En todo 17.004 kilómetros cuadrados con 272.000 habitantes; de ellos 63.000 chinos, 2.500 moros, sobre 6.000 cristianos, y el resto malayos.

De modo que las provincias ultramarinas de Portugal ocupan una extensión de 1.918.868 kilómetros cuadrados, y una población de 1.295.094 almas.

Sobre estos datos puede establecerse que el reino de Portugal con sus colonias comprende:

	EUROPA.	ÁFRICA.	ASIA.	Total. Kilómetros.
Continente.....	89.625}			92.772
Islas adyacentes.	3.147}			
Cabo Verde.....	11.329}			2.011.640
San Thomé, etc..	1.025}			
Angola.....	600.000}	1.896.354		
Mozambique....	1.284.000}			
Goa.....			5.510}	22.514
Macao, etc.....			17.004}	
con una población de 5.869.775 almas; de ellas				
4.674.681 en Europa.				
614.498 en África.				
680.596 en Asia.				

Reunidos á España, entrambos pueblos constituirían una gran nación de 29 millones de habitantes de todas razas y procedencias, repartidos en las cinco partes del mundo, ofreciendo un espectáculo que hoy sólo Inglaterra puede dar.

El presupuesto portugués (el relativo á la Metrópoli europea y las islas adyacentes, se entiende) consigna (1875-76) las cifras siguientes:

	Mil-reis.	Reales aproximadamente.
Ingresos.....	23.152.000	6 sea 578.800.000
Gastos.....	24.129.000	603.225.000
Déficit.....	977.000	24.425.000

Los ingresos vienen á ser cerca de la quinta parte de los consignados en el presupuesto de España (1). Los gastos la cuarta.

Los ingresos se descomponen del modo siguiente:

EN EL CONTINENTE EUROPEO.

Impuestos directos.		Mil-reis.
Contribucion predial ordinaria.....	}	5.747.120 (2)
Id. extraordinaria.....		
Id. industrial.....		
Id. renta de casas.....		
Id. suntuaria.....		
Id. barcaria.....		
Diezmos de réditos.....		
Derechos de mercedes.....		
Id. sobre minas, etc., etc.....		
Impuesto del sello y registro.....		
Impuestos indirectos.		
Derechos de importacion.....	}	11.295.000 (4)
Id. de exportacion y reexportacion.....		
Id. de consumos de Lisboa.....		
Id. de tonelaje, etc.....		
Especial sobre vinos.....		
Real de agua.....		
De cereales.....		
Sobre el pescado.....	}	2.610.000 (5)
De tránsito.....		
Sobre el tabaco, etc., etc.....		
Bienes nacionales y rentas varias..	2.610.000 (5)	
Total millones de reis....		21.640.000 (6)

EN LAS ISLAS ADYACENTES.

TOTAL.....	1.476.000 (7)
------------	---------------

(1) Hé aquí las cifras del presupuesto de España 1874-75:

Ingresos..... 2.855 millones de reales (números redondos).
Gastos..... 2.511

Aquí resulta un sobrante; pero es sabido que los sobrantes de nuestros presupuestos se resuelven siempre en abrumadores déficits. Para extinguir la Deuda flotante en 1874-75, el ministerio Cánovas-Salaverría emitió bonos del Tesoro por valor de 1.000 millones nominales.

(2) 145.666 millones de reales.

(3) 50 600 millones idem.

(4) 282.575 millones idem.

(5) 65.250 millones idem.

(6) 540.250.000 reales vn.

(7) 36.900.000 idem.

Los gastos se descomponen del modo siguiente:

<i>Ordinarios.</i>	Mil-reis.
Deuda pública.....	10.570.000 (1)
<i>Cargas graves.</i>	
Lista civil.....	591.000
Cámaras.....	28.000
Deuda flotante.....	644.000 (2)
Varios.....	573.000
	1.894.000 (3)
<i>Servicio propio de los ministerios.</i>	
Hacienda.....	3.454.652
Reino.....	1.928.580 (4)
Justicia y eclesiás- tico.....	519.655
Guerra.....	3.422.180
Marina y colonias... Negocios extranjeros	1.224.000
Obras públicas, co- mercio é industria.	252.230
	1.321.514 (5)
	10.229.000 (6)
TOTAL.....	22.693.000 (7)
<i>Extraordinarios.</i>	
Ministerio de Justicia	2.400 (8)
Marina y Ultramar..	45.000
Obras públicas.....	1.388.000 (9)
TOTAL.....	1.436.000 (*)

La Deuda pública portuguesa subía en 1875 á 351.500.000 mil-reis, ó sean 8.787.500.000 reales vellon, y se dividía en exterior, que montaba 144.100.000 mil-reis, é interior, que subía á 207.400.000 mil-reis.

La Deuda pública lusitana representa, por tanto, algo ménos de la quinta parte de la de España (**).

La flotante, despues de consolidada en 1873 con los productos del empréstito de los 38.000.000 mil-reis nominales, ha vuelto á aparecer en 1874 por 3.682.900 mil-reis.

(1) 264.250.000 reales.

(2) En esta partida se comprenden, no sólo los intereses de la Deuda flotante verdaderamente dicha, si que los de una emision de obligaciones de los caminos de hierro de Minho y Duero, los de un empréstito oficial para compra de buques y los de varias sumas adelantadas por algunos bancos: todo obra de 1874-76 y novedad del presupuesto de 1875-76.

(3) 47.550.000 millones de reales.

(4) En el presupuesto del ministerio del Reino (ó del Interior) se comprende la Instruccion pública, poco adelantada en Portugal. Los gastos suben á 628.000 mil-reis (15 millones de reales), y representa el 2,6 por 100 del presupuesto. Guerra absorbe el 14,1.

(5) En rigor, á estas partidas habría que aumentar algunas de cargas generales, sin contar el presupuesto extraordinario.

(6) 255.725.000 de reales.

(7) 567.525.000 rs.

(8) Dedicados á pensiones de religiosas.

(9) Esto es, 54.715.000 rs. Para saber lo que en el presupuesto de Portugal representan las obras públicas es necesario juntar muchas partidas, que no dan ménos de 5.555.514 mil-reis (cerca de 84 millones de reales), ó sea el 14 por 100 del presupuesto total.

(*) 55.900.000 reales vn.

(**) En 1871 nuestra deuda subía á 26.147.500.000 reales vellon. Hoy, consolidados los déficits, no baja de 40.000 millones.

Los valores se cotizan hoy en Lisboa al 50 (3 por 100) y en Lóndres al 51'80, viniendo en creciente proporcion desde 1853, excepcion hecha de los años 70 y 71 en que bajó de 37 á 36 y 33'5 respectivamente, mas para ponerse en 40 y 44 en 1872 y 1874. Esta cotizacion se sostiene en su mayor parte por los capitales lusitano-brasileños, retenidos allende el Atlántico en la época de la guerra del Brasil y el Paraguay.

La Deuda pública se ha casi cuadruplicado de 1854 á esta parte. En aquella fecha montaba á 89.824.000 mil-reis, y en 1866 á 194.648.000. Este crecimiento débese muy particularmente á las obras públicas y al desarreglo de los intereses materiales, que han absorbido toda la atencion de los gobiernos portugueses en este último periodo.

Los impuestos directos representan el 24'8 por 100 del total de ingresos; los indirectos el 48'7. Estos salen á 2.951'5 mil-reis por habitante. En veinte años (desde 1853-54) los primeros han doblado; los segundos han crecido dos quintos. El portugues paga, por término medio, 5.386 reis (134,7 reales) al año, y como se ve, el impuesto directo é indirecto representa el 73 por 100 del presupuesto. En España pagamos sobre 170 reales por habitante.

El comercio está representado por las siguientes cifras:

AÑOS.	COMERCIO DE CABOTAJE.		
	Entradas.	Salidas.	Total.
	Metros cúbicos de tonelada.	Metros cúbicos de tonelada.	Metros cúbicos de tonelada.
1856....	305.336	299.202	604.538
1872....	456.819	455.897	912.616

Y esto á pesar del desarrollo de las líneas ferreas.

NAVEGACION FLUVIAL.

Por el Tajo.—En 1858-59:

	Toneladas métricas.
Importacion.....	6.173
Exportacion.....	12.919
TOTAL.....	19.092

BANCOS.

Hoy existen en Portugal treinta y cuatro establecimientos de crédito, nacidos (con excepcion del Banco de Portugal) despues de 1850, y la mayor parte de 1860 acá. A su lado existen hasta diez y ocho sociedades de «responsabilidad limitada». El capital bancario sube á 65.500.000 mil-reis; y el valor de las operaciones practicadas por los más importantes subió en 1872 á la considerable suma de 443.900.000 mil-reis.

En 1859 existían:

CAPITAL.	
— Mil-reis.	
6 compañías de seguros...	4.648.000
15 industriales.....	5.324.000
9 mineras.....	1.558.000
8 de navegacion.....	965.000
5 de trasportes.....	2.100.000
2 agrícolas.....	3.022.000
5 diversas.....	139.000
50 compañías, con.....	17.796.000

COMERCIO EXTERIOR.

En 1873:

VALORES.	
— Mil-reis.	
Importacion.....	34.047.000
Exportacion.....	23.609.000
Reexportacion.....	1.866.000
Tránsito.....	2.663.000

Veinte años ántes (1854) las cifras eran las siguientes:

Importacion.....	18.201.000
Exportacion.....	14.164.000
Reexportacion.....	2.381.000

El Sr. Pery, discurrendo sobre este punto, hace notar los progresos realizados despues de iniciada la reforma arancelaria en sentido liberal.

De 1842 á 1851, período de restricciones, el término medio de la importacion fué de 436.000 mil-reis. De 1851 á 56, período de reformas, fué de 1.340.000, y de 1868 á 73 de 1.518.000. Las exportaciones fueron en el primer período (término medio anual) 183.000 mil-reis; en el segundo, 1.614.000; en el tercero, 1.050.000.

El tonelaje del comercio marítimo en 1872 está representado por esta cifra: 957.261. En 1856 habia sido 69.721.

La marina mercante portuguesa en 1855 contaba 591 barcos y 82.402 toneladas; en 1875 es de 479 buques y 95.577 toneladas.

El número de metros de caminos construidos en Portugal hasta 1874 era 3.967.862, y estaban en construccion 312.000, habiéndose gastado hasta 1873 en caminos 20.679.000 mil-reis.

Las líneas férreas son once; hállanse concluidas cinco, las de Lisboa á Badajoz (del Este), la del entroncamiento do Poco (del Norte), la de Barreiro á Beja (Sudeste), la de Evora á Estremoz, la de Beja á la frontera y el ramal de Setubal. Se estudian dos y se trabaja en tres. Total de kilómetros en explo-

tacion, 911; en construccion, 84, y en estudio, 559.

El producto bruto de la explotacion por kilómetro fué en 1868 de 2.007 mil-reis; y en 1874 de 3.322. Los ingresos totales de los caminos de hierro, en 1868, 1.019.508 mil-reis; en 1874, 1.667.778.

La red telegráfica que comenzó á tenderse el año 55, en el de 74 abarcaba lo siguiente:

Kilómetros.	
Extension de las líneas.....	2.890
Idem de los hilos montados.....	6.563
Idem de los cables subfluviales..	4.300

El número de despachos en 1872 fué de 789.404, que produjeron 131.276 mil-reis.

Como ya queda dicho, la superficie total cultivable del vecino reino es de 8.671.502 hectáreas: de ellas se explotan 4.642.000, yacen incultas 4.183.000. De aquellas están dedicadas:

- 1.127.000 á cereales.
- 245.000 á cultivos diversos.
- 40.000 á prados.
- 1.412.000 á pastos naturales.
- 1.466.000 en barbecho.
- 204.000 á viñas.
- 650.000 á arbolado frutal.
- 260.000 á pinares, robledales, sotos, etc.

Representan, por tanto, en extension, los cereales el 12,5 por 100 de la superficie total cultivada; los pastos naturales, el 16,3; el arbolado frutal el 7,2, lo mismo que el barbecho. Las viñas sólo el 2,2.

El término medio de la propiedad en Portugal es de 1'15 hectáreas; siendo los distritos de mayor propiedad los de Bragança, Santaren, Faro, Lisboa, Beja, Evora, Portalegre y Castello Branco, y los del Norte (esto es, Coimbra, Braga, Aveiro, Vizeu, etc., etc.) los de menor. Los poseedores territoriales con respecto del total de la poblacion es 21'4 por 100.

La produccion de cereales, que es el cultivo dominante en Portugal, está calculada del siguiente modo para 1873:

Kilogramos.	
Maíz.....	474.644.642
Trigo.....	206.661.586
Centeno.....	158.058.273

Calcúlase que la superficie dedicada al cultivo del trigo hace cuarenta años era la tercera parte de la actual. Figuran como cultivadores de este cereal, en primer término, los distritos de Beja, Evora, Lisboa, Portalegre y Faro.

La viña se cultiva más al Norte, y su produccion en 1873 se calculó en cuatro millones de hectolitros.

El valor del ganado del modo siguiente, en 1870 (1):

Cabezas.	Precio por cabeza.	Valor total.
	Reis.	Mil-reis.
Caballar	88.000	28.838
Mular	50.690	29.525
Asnal	437.950	4.934
Bovina	624.568	30.389
Ovina	2.977.454	895
Caprina	936.869	909
Porcuno	971.085	7.053
	5.586	31.331.145

El movimiento comercial exterior agrícola de 1842 fué por valor de 17.892.000 mil-reis; en 1856 de 38.460.000; y en 1872 de 56.842.000. Por tanto, en treinta años pasó del triple.

La provincia más renombrada por su importancia agrícola es la de Minho, cuyas tierras son en su mayor parte de regadío, y donde se trabaja con más inteligencia y mayor celo. Una hectárea produce en bruto 230 mil-reis, y en líquido 160, de los cuales el colono da al señor 96 mil-reis. Dominan la pequeña propiedad y el pequeño cultivo: se fomenta mucho el ganado bovino, y se produce, sobre todo, maíz, centeno, patata y castaña. Tras-os-Montes se distingue por sus vinos conocidos en el mundo por vinos de Oporto. Extremadura es la provincia más fértil, y el Alentejo el país de la gran propiedad, los cereales y los montes. El Algarve parece la más descuidada, y la Beira llama la atención por sus pastos y su ganado ovino.

En 1867 se hizo en Portugal una estadística de profesiones y establecimientos industriales que dió este resultado:

Contribuyentes	199.174
Industrias y profesiones	421

Los mismos se dividen de este modo:

Grande industria	9.402
Pequeña industria	106.157
Comercio	73.368
Profesiones liberales	10.247

Segun esta estadística, había en Portugal 488 fábricas de tejidos, 55 de hilados, 28 fundiciones, 3.500 de aceite de oliva, 601 de aguardientes, 255 lagares, 10.984 molinos, 4.162 tejares, 2.360 zapaterías, etc., etc.

De 1836 á 1874 fueron denunciadas 492 minas, en su mayor parte de manganeso, cobre y hierro. Su producción media llegó en 1871-72 á 180.054 toneladas métricas, valoradas en 1.241.000 mil-reis,

(1) Todos estos cálculos son del Sr. Pery, que rectifica con gran acierto muchos de los *Relatorios* oficiales.

cinco veces más de la valoración media de 1851-60.

En Portugal existen una Academia real de Ciencias; tres Establecimientos astronómicos (dos en Lisboa y uno en Coimbra); una Dirección de trabajos geodésicos, topográficos, hidrográficos y geológicos, agregada al ministerio de Obras públicas y digna de especial consideración por sus incesantes y felicísimos esfuerzos para la triangulación del reino, el levantamiento de la Carta general y el Atlas horográfico; dos Observatorios meteorológicos; cinco Museos de historia natural, arqueología, ciencias, colonias é industria; cuatro Bibliotecas públicas, entre ellas la de Lisboa, con 300.000 volúmenes; una Universidad—la de Coimbra, fundada por D. Dionisio en 1290,—donde se enseña la teología, el derecho, la administración, la medicina, las matemáticas y la filosofía, con 52 catedráticos; y 15 Institutos y 1.084 discípulos; una Escuela politécnica que ha sustituido á la antigua de nobles de Pombal, con 16 cátedras y 480 alumnos; una Escuela del ejército (donde se sigue también la carrera de ingeniero civil) con 272 matriculados; una Escuela naval; tres Médico-quirúrgicas (en Funchal, Lisboa y Oporto) con 440 matriculados y un curso superior de letras en Lisboa; 18 Liceos con 2.642 alumnos y 6.883 matriculados; dos Escuelas normales; 2.445 Escuelas públicas (1.987 de varones y 458 de niñas), con más ocho municipales, figurando en ellas 2.212 profesores, 509 maestras y 113.097 alumnos; dos Academias de Bellas Artes, en Lisboa y Oporto; un Conservatorio de música; un Instituto industrial y comercial en Lisboa, y una Escuela industrial en Oporto; otro Instituto general agrícola, y la Quinta regional de Cintra.

Demás de esto, hay en Portugal 9.575 Hermandades y Asociaciones piadosas, de pingües recursos; nueve Sociedades de socorros mútuos marítimos y ocho Monte-pios.

El ejército de tierra se compone de

	Hombres.
Ingenieros	508
Artilleros	3.012
Caballería	3.184
Cazadores	8.214
Infantería	15.102
Administración	194
TOTAL	30.211

Con 2.746 caballos y 268

Este efectivo puede elevarse á 70.000 hombres en tiempo de guerra mediante las reservas.

La marina la forman 21 navíos de vapor y 11 de vela, hallándose en construcción dos corbetas de vapor, tres cañoneras y un transporte. Total de cañones 303; 2.935 caballos de vapor y 2.000 marineros.

En Portugal hay 19 diócesis, con rentas propias para el sostemiento del culto. El Estado, despues del decreto de Octubre de 1869, sólo ayuda con 151.508 mil-reis. El resto, hasta cubrir el total de gastos, lo saca la Iglesia de sus bienes y de los derechos de estola y pié de altar; y cuando no basta, de una derrama sobre todos los feligreses. En 1865 las rentas eclesiásticas subieron por cima de 101.391 mil-reis, y la derrama á 310.950.

Tales son las cifras, que para el acostumbrado á manejar ciertos libros, hoy de necesaria consulta por parte de todos los hombres políticos, dirán ya bastante respecto del estado presente del por tantos conceptos simpático pueblo lusitano.

Sin embargo, con esto no pretendo dar por terminada mi empresa.

Veamos lo que por bajo de esos guarismos pasa. Entremos en el corazon de esa sociedad.

Esto me llevará á un ligero estudio del orden jurídico lusitano.

Aquí, pues, termina la primera parte de mi trabajo.

Ayúdeme el lector con su bondad á intentar la segunda.

RAFAEL M. DE LABRA.

LA GUERRA DE SUCESION

EN TIEMPO DE FELIPE V (1).

Para conocer profundamente la anatomía patológica de los gobiernos y las causas que producen la decadencia y postracion en que á las veces vienen á parar los grandes Estados, se hace necesario estudiar la historia de España. Era, sin duda, el Imperio de Felipe II uno de los más poderosos y espléndidos que hayan existido; porque mientras regia en Europa la Península española con Portugal,

(1) Conviene tener presente que el autor del estudio sobre la *Guerra de Sucesion*, además de protestante y *whig*, es adversario de la familia de los Borbones y de su política, y que, por tanto, á pesar de los esfuerzos que hace por aparecer imparcial y justo, la pasión política, unida á la pasión religiosa, suele á veces influir más en su ánimo que no la estricta verdad histórica. Fácil habría sido impugnar algunas de las opiniones emitidas por el autor en el curso de su obra, en orden á ciertos hechos y personas; pero como, de hacerlo así, habríamos tenido que interrumpir repetidas veces la narracion, distrayendo el ánimo del lector con notas algo más extensas de lo que permiten los límites de una Revista, hemos preferido suprimir casi todas las que no han hecho indispensables sus ataques al catolicismo.—*N. del T.*

los Paises-Bajos por ambas orillas del Rhin, el Franco-Condado, el Rosellon, el Milanesado y las Dos Sicilias, teniendo bajo su dependencia á Toscana, Parma y los demas Estados de Italia, del propio modo que se hallan al presente bajo la tutela de la compañía de las Indias el Nizam y el Rajah de Berar, en Asia era dueño de las islas Filipinas y de los ricos establecimientos fundados por los portugueses en las costas de Coromandel y de Malabar, en la Península de Malaca y en las islas de la especería del archipiélago Oriental, y en América se extendian sus posesiones por uno y otro lado del Ecuador hasta la zona templada. No es aventurado tampoco suponer que, en la época de su mayor grandeza, las rentas de Felipe II eran diez veces más considerables que las de Inglaterra en tiempo de Isabel, porque mientras la Inglaterra no tenía un sólo batallon de tropas organizadas, contaba España un ejército permanente de 50.000 soldados inmejorables, y su fuerza naval ordinaria se componía de 150 galeras, lo cual le daba una importancia y poder que jamás ha logrado ningun principe de los tiempos modernos. En suma: reunió simultáneamente Felipe II el imperio de los mares y el de la tierra, y fué la mayor parte de su reinado el primero en ambos elementos, viéndose avanzar sus tercios hácia la capital de Francia en tanto que sus naves difundian el terror en las costas de Inglaterra.

Puédese decir sin exageracion que durante algunos años la influencia de Felipe II en Europa fué mayor que la del primer Bonaparte, porque nunca el guerrero frances tuvo el dominio de los mares, y así se vió que mientras sus ejércitos entraban en todas las metrópolis, desde Moscow hasta Lisboa, las flotas inglesas bloqueaban todos los puertos, desde Dantzick hasta Trieste, y que Sicilia, Cerdeña, Mallorca y Guernesey gozaron de paz y seguridad durante el curso de una guerra que puso en peligro los tronos del continente. Y la nacion imperial y victoriosa, que había enriquecido sus museos con los despojos de Amberes, Florencia y Roma, sufría cruelmente al verse privada de aquellos objetos de lujo que la costumbre había convertido en artículos de primera necesidad. Por eso, en tanto que levantaba columnas y arcos triunfales para perpetuar en la memoria las conquistas de la Francia, buscaban los conquistadores con solícito afán el modo de hacer café de achicorias y azúcar de remolacha.

En orden á la influencia política en el Continente, la de D. Felipe II era tan grande como la de Napoleon: el emperador de Alemania era su pariente; y la Francia, conmovida y perturbada por las disidencias religiosas, de adversaria formidable que hubiera podido ser, á las veces se convertía en dócil auxiliar y aliada suya. Además, el Monarca español tenía lo que tanto y tan en vano deseó el conquis-

tador frances: buques, colonias y comercio, conservando por espacio de largos años el monopolio de los negocios en América y el Oceano Índico, recibiendo y distribuyendo todo el oro de Occidente y todas las especias del Oriente, sin que nada interrumpiera sus operaciones, sino es las rapiñas ejercidas por algunos corsarios en tiempo de guerra. Todavía despues del desastre de la *Invencible* atendian los hombres de Estado ingleses y vigilaban con atencion preferente y visible ansiedad el poder marítimo de Felipe. «El cual, decía en 1592 á las Cámaras el lord guarda-sellos, ha usurpado primero el reino de Portugal, acreciendo luégo su poder con las Indias Orientales, de tal manera, que si ántes era grande, hoy lo es mucho más. Sostiene una flota para impedir todo comercio entre Inglaterra, la Gascuña y la Guiena, cosa que ha intentado en la época de las últimas vendimias, y por tal manera es un enemigo fronterizo para todo el Oeste y Mediodía de Inglaterra, del propio modo que para el Sussex, el Hampshire y la isla de Wight. Por otra parte, merced á su crédito en Saint-Maló, á cuyo puerto acuden buques apropiados á la guerra, es vecino peligroso para las islas de Jersey y Guernesey, antiguas posesiones de la corona, que nunca, ni áun durante las guerras más reñidas con la Francia, le fueron arrebatadas.»

El ascendiente que á la sazón tenía la España en Europa era en cierto modo merecido, pues lo debía á su incontestable superioridad en el arte de la política y de la guerra; que en el siglo XVI, mientras la Italia era cuna de las bellas artes, y la Alemania producía las más atrevidas ideas teológicas, España era patria de los hombres de Estado y de los capitanes famosos, pudiendo reivindicar para sí y los graves y altivos personajes que rodeaban el trono de D. Fernando el Católico las cualidades que atribuía Virgilio á sus conciudadanos. Ni en los días más gloriosos de su república, por todo extremo memorable, conocieron mejor los romanos el arte imponente de *regere imperio populos* que Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Hernan-Cortés y el duque de Alba. La habilidad de los diplomáticos españoles era célebre en toda Europa, y en Inglaterra vive todavía el recuerdo de Gondomar.

Pero si la nación soberana no tenía rivales en la guerra regular, tampoco los conocía en la irregular; y así los impetuosos caballeros franceses como las falanjes de los suizos quedaban igualmente malparados cuando se hallaban frente á frente con la infantería española. En las guerras del Nuevo-Mundo, en las cuales el arte estratégico vulgar no podía ser bastante, como tampoco la ordinaria disciplina en el soldado; allí, donde se hacía necesario desbaratar y vencer cada día por medio de alguna nueva estratagema la instable y caprichosa

táctica de un bárbaro enemigo, demostraron los aventureros españoles, salidos del seno del pueblo, una fecundidad de recursos y un talento para negociar y hacerse obedecer de que apenas daría otros ejemplos la historia.

Eran los españoles de entónces á los italianos, lo que los romanos á los griegos en los días más prósperos y de la mayor grandeza de Roma. Tenían los vencedores ménos cultura, ménos gustos é instintos ménos delicados que los vencidos; pero habia en ellos más orgullo, más altivez, valor y perseverancia, más seriedad y un sentimiento más desarrollado del honor. Usaban de más sutileza los súbditos en la especulacion; pero los gobernantes desplegaban más energía en la accion: aquéllos adolecían de los vicios de los cobardes, y éstos de los vicios de los tiranos.

Fuerza será decir, además, que los españoles, del propio modo que los romanos, no desdeñaban de aprender el idioma y las artes de los que oprimían, y que á la sazón se verificó en la literatura española una revolucion análoga á la que se operó, al decir de Horacio, en la poesía latina: *Capta ferum victorem cepit*, y el cautivo se apoderó del vencedor. Cedieron su puesto las antiguas baladas y romances castellanos á los sonetos al estilo del Petrarca y á los poemas heróicos en el metro del Ariosto, de igual manera que los cantos nacionales de Roma cedieron á las imitaciones de Teócrito y á las traducciones de Menandro.

Ni tampoco hubo nunca en ninguna sociedad moderna, ni en Inglaterra durante el reinado de Isabel, tan gran número de hombres eminentes á la vez en las letras y en las carreras de la vida activa como en España el siglo XVI. Casi todos los escritores notables se distinguían tambien como soldados ó como hombres políticos: Boscan tuvo gran reputacion militar; Garcilaso de la Vega, autor del más encantador y dulce poema pastoril de la época moderna, acabó jóven su brillante carrera militar, muriendo, espada en mano, á la cabeza de una columna de asalto; Ercilla se distinguió en la guerra de Arauco, que cantó luégo en uno de los mejores poemas heróicos que haya producido España; Hurtado de Mendoza, cuyos poemas han sido comparados á los de Horacio, y cuya graciosa novelita es sin duda el modelo del *Gil Blas*, nos aparece representado por sus historiadores como uno de los más rigidos de entre aquellos procónsules de acero que la casa de Austria enviaba á Italia para destruir lo que aún hubiera en ella de espíritu público; Lope se embarcó en la *Invencible*, y Cervantes cayó herido en Lepanto á bordo de una galera.

Curioso es y digno de fijar la atencion el terror con que los ingleses miraban á los españoles, los cuales, segun decían, eran una especie de demo-

nios terriblemente dañinos, y al propio tiempo sagaces y astutos por extremo. «Son muy prudentes y políticos, dice un honrado inglés en una Memoria dirigida á la reina María, y pueden, merced á esa sabiduría, corregir y dominar sus naturales instintos durante algun espacio, y poner su vida en armonía con las costumbres de aquellos á quienes se mezclan libremente en tratos de amistad. Ninguno puede conocer sus malos designios hasta no haber caído bajo su dominacion; pero entónces se les percibe y comprende perfectamente, cosa de la cual pido á Dios libre á la Inglaterra, porque superan á todas las demas naciones del globo en el disimulo para conseguir sus fines, y luégo en la opresion y tiranía cuando han logrado su objeto.» Arminio hubiera podido expresarse así al hablar de los romanos, y este es el lenguaje que podria emplear en nuestros dias un hombre de Estado indo al hablar de los ingleses. Es, en suma, el lenguaje de un hombre cuyo corazon se halla penetrado de odio, pero que está humillado por los que odia, y que siente penosamente la superioridad, no sólo de su poder, sino de su inteligencia.

Pero ¡cómo has caído del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! ¡Cómo te hallas abatido tú, que arruinabas las naciones!

¡Qué cambio no hallaremos si, salvando un espacio de cien años, consideramos la España á fines del siglo XVII! El contraste es tan grande como el que existe entre la Roma de Galiano y de Honorio y la Roma de Mario y de César. La conquista extranjera había comenzado á abrirse camino en todas las partes de aquel gigantesco imperio donde nunca se ponía el sol. La Holanda ya no estaba en sus manos, ni Portugal, ni el Artois, ni el Rosellon, ni el Franco-Condado. Al Oriente, el imperio fundado por los holandeses sobrepujaba con mucho en riqueza y esplendor al que aún conservaban sus antiguos tiranos, y al Occidente, la Inglaterra había tomado y poseía algunos establecimientos en medio del golfo de Méjico.

Poca importancia tenía, á decir verdad, para los españoles la pérdida de una parte de su territorio, porque la obediencia forzada de provincias lejanas cuesta por lo general más de lo que valen, y los imperios cuyas ramas se extienden á larga distancia, se hacen á las veces más florecientes cortándolas á tiempo. Adriano procedió juiciosamente abandonando las conquistas de Trajano; y la Inglaterra no ha sido nunca más próspera, y rica, y poderosa, y temible para los principes extranjeros, ni más absolutamente dueña del Océano, que hasta despues de haber perdido sus colonias americanas. El imperio español era entónces aún, á juzgar sólo exteriormente, un grande y magnífico imperio; que el último y enfermizo príncipe de la casa

de Austria poseía en Europa todavía Estados de mayor importancia que los de Luis XIV, y en América los dominios de la corona de Castilla se prolongaban muy al Norte del trópico de Cáncer y muy al Sur del de Capricornio; pero había en el seno de este reino inmenso una enfermedad incurable, un aniquilamiento completo, una postracion absoluta. Ministros de muy escaso entendimiento habían desterrado de la Península una raza industriosa é inteligente; la gloria del arte español había desaparecido con Velázquez y Murillo, y acabádose la edad de oro de la literatura hispana con Solís y Calderon; y miéntras en el siglo XVII otras naciones se ocupaban en formar grandes establecimientos militares, el ejército, que fué tan formidable y temido bajo las órdenes del duque de Alba y de Alejandro Farnesio, se hallaba reducido á unos cuantos millares de individuos mal pagados y sin disciplina. Inglaterra, Holanda y Francia tenían grandes armadas; la española escasamente llegaba á la décima parte de la poderosa escuadra que, bajo Felipe II, puso terror al Océano Atlántico y al mar Mediterráneo.

Los arsenales no tenían maestranza; los almacenes nada guardaban; las fronteras y las fortalezas carecían de presidio; era ineficaz la policia; se cometía todo género de crímenes á todas horas; matones de oficio y lacayos sin amo se entregaban en calles y plazas á mil excesos, turbando la pública tranquilidad y haciendo escarnio de la justicia; la Hacienda se hallaba en el más espantoso desórden; pagaba el pueblo sumas enormes, pero el gobierno sólo percibía los residuos que dejaba la rapacidad de sus agentes; y los vireyes de América y los empleados del fisco se hacían poderosos, en tanto que los comerciantes se presentaban en quiebra, que los labradores morían de hambre, que los funcionarios de palacio no cobraban, y que los soldados iban á comer la sopa á la puerta de los conventos. Ensayábanse remedios; mas sólo eran parte á empeorar el mal. Se alteró el valor de la moneda, y esta medida produjo el efecto de siempre, destruyendo el crédito y aumentando la miseria. El oro de América, segun la expresion de Ortiz, era para las necesidades generales del Estado lo que una gota de agua en los labios del sediento. Los despachos se acumulaban sin abrir en las mesas de los secretarios de S. M., en tanto que estos intrigaban para despojarse mutuamente; y las potencias extranjeras podían insultar y robar con notoria impunidad al heredero de Carlos V; habiendo caído tan bajo el ántes tan poderoso imperio español, que una de sus más reducidas dependencias, un territorio más pequeño que las provincias de Andalucía ó de Extremadura, situado bajo un cielo inclemente y preservado de las invasiones del Océano por medios arti-

ficiales, había sacudido su yugo, convirtiéndose en potencia de primer orden, y tratando de igual á igual con las cortes de Londres y Paris.

Todo esto era consecuencia natural del gobierno que imperaba en los dominios del Rey católico, así como el valor, la inteligencia y la energía, que hicieron de los españoles la primera nación del mundo á fines del siglo XV y principios del siguiente, eran el producto de las antiguas y venerandas instituciones de Castilla y Aragon, instituciones altamente favorables á la libertad. Pero los primeros príncipes de la casa de Austria pugnaron contra ellas, y casi por completo las destruyeron; falta que luégo expiaron sus nietos. Porque si cuando un mal gobierno sucede á otro bueno los resultados del cambio tardan un espacio en sentirse, toda vez que los talentos y las virtudes que engendra una buena constitucion pueden sobrevivirla, viéndose así, á las veces, brillar en la historia con gran esplendor el reinado de príncipes que fundaron la monarquía absoluta sobre las ruinas de instituciones nacionales, cuando pasan una ó dos generaciones, acontece necesariamente lo que dice Montesquieu, y es que «los gobiernos despóticos se parecen á esos salvajes que cortan el árbol para coger el fruto.» En efecto, los primeros años de la tiranía se llenan las troges con lo sembrado en los últimos de la libertad. El siglo de Augusto abundó en grandes hombres, educados en la época de Ciceron y de César, y la posteridad debía de gozar los frutos de la política de Augusto. Felipe II era el heredero de las Cortes y del Justicia Mayor, que le dejaron un pueblo capaz de conquistar el mundo, y ya sabemos qué dejó Felipe á sus descendientes.

En España fué apenas sentido el gran cisma religioso que tan honda perturbacion produjo en toda Europa. En Inglaterra, Holanda, Francia, Portugal, Alemania, Dinamarca, Suiza y Suecia, pasada que fué la sacudida y quebranto primeros, la ocasion del malestar y la zozobra, quedó luégo y de una manera estable y permanente gran cosecha de bienes (1). Los principios de la Reforma habían

(1) Si el autor entiende por gran cosecha de bienes la que hicieron los reformistas con ocasion de la Reforma, despojando á la Iglesia de sus propiedades, desde luégo puede admitirse lo que afirma sin discusion, porque es cosa cierta y averiguada; mas si se refiere á la excelencia de la doctrina ó de sus apóstoles, bueno será que ántes de tomar acuerdo en orden á este punto sepamos cómo piensa y se expresa el mismo acerca de él. Dice, pues, así lord Macaulay en su *Ensayo sobre la Historia constitucional de Inglaterra*, de Hallam:

«En otros países, como Suiza y Alemania, el espíritu mundano sirvió de instrumento al celo religioso para producir la Reforma; en Inglaterra, el celo fué instrumento del espíritu mundano. Un rey, cuyo carácter se describe con sólo decir que fué el

triunfado en algunas naciones; en otras, la Iglesia católica sostenía su ascendiente; pero aún cuando el resultado no fuera idéntico en todas partes, la lucha produjo agitacion, subiendo de punto en Francia, al Sur de Alemania y en los cantones católicos de Suiza. Las antiguas preocupaciones habían perdido algun tanto de su predominio; la Iglesia romana, prevenida por los peligros á que tan difícilmente logró escapar, observaba en aquellas partes de su imperio que aún le permanecían fieles una conducta más suave y liberal, consintiendo á veces que fueran sometidas al exámen de la razon sus pretensiones, y apelando con ménos frecuencia al auxilio del brazo secular. Y aún cuando recurriese á él, no lo hacía en la forma de ántes; que las crueldades de Luis XIV, por grandes que fueran, no podían compararse con las sufridas por los herejes en muchos países al despuntar de la aurora de la Reforma (1), la cual no produjo en España otros

despotismo personificado, ministros sin principios, una aristocracia poseída de rapacidad y un Parlamento de lacayos, hé aquí los propagadores de la Reforma en Inglaterra. De esta suerte, la ruptura con la Iglesia romana, obra comenzada por Enrique VIII, verdugo de sus mujeres, se continuó por Somerset, verdugo de su hermano, y quedó completada por Isabel, verdugo de su hermana; que la Reforma, en Inglaterra al ménos, añade el noble lord para concluir, fué el producto de brutales pasiones, alimentado y sostenido por una política egoísta.» En Alemania, diremos á nuestra vez, lo fué del perjurio y de la concupiscencia de un fraile ambicioso, y en Suiza, de la perversidad de un fanático, sediento de dominacion, que aspiraba á fundar un poder teocrático ejercido por una oligarquía. Por lo demas, ni España, ni Portugal, ni Francia, ni gran parte de Alemania, ni alguna porcion de Suiza, ni tampoco Irlanda se dejaron arrastrar de la corriente innovadora. Y como los limites de una nota no consienten extenderse mucho en orden á las ventajas ó daños producidos por la Reforma, terminaremos con una cita de Melancton, autoridad no nada sospechosa en la materia para los reformistas: «El Ebro con su caudal no me daría lágrimas bastantes, dice, para llorar los infinitos males que ha producido la Reforma.»—*N. del T.*

(1) Conviene tener presente que, por regla general, la agresión partió en todas partes de los protestantes; y en lo que respecta á Francia, ya que lord Macaulay habla de sus crueldades con los herejes, libres en un principio, sólo fueron perseguidos de ese modo cuando, no como *secta*, sino como *partido*, se convirtieron en peligro para la patria, cuya unidad, conseguida á tanta costa, se habría convertido en fraccionamiento y desmembracion, de triunfar los calvinistas, que no aspiraban en política sino al federalismo.

¿Debía la realeza, dice con este motivo un publicista frances, al ver la nación en peligro de retrogradar al estado de division en que se hallaba el siglo XI, consentir en ello? ¿Habrá quien la culpe de haberse opuesto á que fueran perdidos los arroyos de sangre que corrieron durante cuatrocientos años para fundar y consolidar la unidad del reino?

efectos sino hacer más vigilante al tribunal del Santo Oficio, y al pueblo más religioso. Y así sucedió que mientras renacían á la vida todas las naciones vecinas, sólo una permaneciera, como el vello-cino del guerrero hebreo, enteramente seca en medio del dulce y fecundo rocío; que mientras los

Lord Macaulay habla de las persecuciones de que fueron víctimas los protestantes; pero, y en esto procede como casi todos los escritores de sus ideas religiosas, no tiene en cuenta que los católicos hubieron de sufrir *antes* de parte de ellos cuantos ultrajes, profanaciones y atentados son imaginables, á su religión, á sus templos y á sus personas; y olvida, tal vez de propósito, las matanzas que hicieron los calvinistas, además de otras muchas, en Montpellier y en Nimes. Bueno es traer á la memoria cuando se quiere recordar la noche de SAN BARTOLOMÉ, que la SAN MIGUELADA ocupó *cinco años antes*, y que la SAN BARTOLOMÉ no fué sino una manera de desquite, por decirlo así, de la SAN MIGUELADA.

En cuanto á la conducta que observó Luis XIV con los protestantes, la encontramos justificada con la necesidad de impedir la desmembración de la patria.

Por lo demás, ponderar la crueldad de los católicos y hacer omisión de la conducta de los calvinistas, á quienes Calvino mismo llegó á calificar de *furiosos endemoniados* en una ocasión, es ya pueril cuando tanta luz se ha hecho sobre aquellos tiempos. «La palma de la crueldad y de la perfidia, dice tratando de este asunto el reverendo J. M. Neale, escritor anglicano, corresponde á los protestantes, y, sin embargo, ¿cuántos conocen de memoria los hechos del duque de Alba y de Vargas, que no han oído hablar siquiera de los crímenes, mayores aún, de un Lumey ó de un Maris Brand?» Y más adelante añade: «Si hubiera que adjudicar un premio á la crueldad de que dieron muestras los católicos durante sus luchas con los protestantes, habría que inventar otro *mucho mayor* para éstos, porque los excedieron en refinamiento de maldad.» (*Historia de la Iglesia Jansenista en Holanda*. Londres, 1861). Pero ¿qué más! Lord Macaulay mismo, en sus *Ensayos sobre Burleigh and his times* y la *Constitutional history of England*, de Hallam, ocupándose de las medidas tomadas por María Tudor y su hermana Isabel, reinas que por espacio de siglos han sido calificadas, aquella de feroz y sanguinaria, y ésta de grande y superior á su época, hallando los historiadores, cuando más, censurable por su despotismo á la protestante, y haciendo siempre aborrecible á la católica por sus persecuciones, dice que Isabel persiguió indistintamente á católicos y puritanos sin que ninguno le diera motivo para ello, y sólo por el placer de dar ocupación al verdugo, mientras que María vió, por el contrario, desde su advenimiento al trono, que los protestantes constituían un partido dispuesto á derribarla por la fuerza de las armas, desposeyéndola de la corona, lo cual es motivo suficiente para que persiguiera á los que con su conducta daban motivo á la persecución; y que de esta suerte, si María puede ser acusada de proceder por justos resentimientos, que llevó demasiado al extremo, Isabel, por su infame ferocidad, fué cien veces más culpable, porque nada tenía que castigar.—*N. del T.*

demás se vestían la toga viril, los españoles continuaban pensando y juzgando como niños, y que entre los hombres del siglo XVII prosiguieran estacionados en el décimo-quinto, ó en otra época más atrasada, extasiados al contemplar un auto de fe, y dispuestos siempre á partir para la guerra contra los infieles (1).

(1) La guerra contra los moros ha sido siempre altamente nacional y patriótica en España, y buena prueba de ello fué la campaña de Africa, inaugurada en 1859. Desde 1808 no se conoció en la Península un entusiasmo parecido al de entonces; y era así, porque la guerra con la morisma, tradicionalmente gloriosa entre nosotros, nos recordará siempre aquella cruzada de siete siglos que se inauguró en las márgenes del Guadalete y terminó al pié de las murallas de Granada. Formalmente hablando, este espíritu belicoso de los españoles no puede darse como indicio de su decadencia: algo más cerca de la verdad está el autor cuando, al comenzar el presente *Ensayo*, atribuye la decadencia de España á la conducta política observada por los primeros príncipes de la casa de Austria, y aún lo hubiera estado más, en nuestro sentir, atribuyendo al carácter personal de los últimos Felipes, y sobre todo de Carlos II, su triste estado á fines del siglo XVII, sin que de aquí se siga que los españoles carecieran en aquella sazón de la perseverancia, del valor y de la fuerza necesaria, cuando menos, para vencer á los ingleses y á la coalición, defendiendo á su rey Felipe V; del propio modo que en época no lejana y tachada también de rebajamiento deshicieron los invencibles ejércitos de Bonaparte, señores hasta entonces de la Europa.

Por otra parte, de que los españoles del siglo XVII continuaran estacionados en el siglo XV en cierto orden de ideas, y de que concurrieran á los autos de fe, muy raros ya, tampoco debe inferirse que fueran como niños, porque aquellos que habían vencido en todos los campos de batalla de Europa, y ensanchado las lindes del dominio terrestre con sus descubrimientos, y llevado á todas partes la influencia de su patria, y puesto miedo en el corazón de la viril y protestante Inglaterra, como el autor reconoce al comienzo de este estudio, todos absolutamente habían pensado, juzgado, creído y practicado en materia religiosa lo propio que los españoles de la época de Carlos II, y á esos lord Macaulay no halla otros hombres con quienes compararlos sino á los romanos de los tiempos más gloriosos de la República.

Pero, qué más, si el autor mismo en uno de sus mejores artículos de la *Edimburg Review* (1840), determina mejor que pudiéramos hacerlo nosotros la causa de aquel modo de ser de los españoles en materia religiosa.

«El español, dice, profesa á la fe de sus antepasados amor vivo y ardiente, porque además de la idea religiosa, encarna de una manera profunda en su corazón la independencia, la libertad y la gloria de la patria; que siete siglos de lucha perseverante y tenaz con los infieles dejan honda huella en la memoria y en las costumbres de un pueblo. Las cruzadas, que no son sino un episodio en la historia de las demás naciones de Europa, en la de España constituyen su esencia y su vida, y la ocupan toda.

»Luégo de haber combatido á los árabes en el

Los males causados por un mal gobierno y una mala religion parecían haber llegado á su mayor desarrollo en los últimos años del siglo XVII, y en tanto se hallaba el reino en tan deplorable estado, Carlos II descendía rápida y prematuramente al sepulcro. Fué su vida breve, triste y desgraciada como rey, como político y como hombre. Su pri-

Antiguo Mundo, la era de los descubrimientos abrió dilatados horizontes al celo religioso de los españoles, y en el Nuevo Mundo fueron á combatir otros infieles. En ambas luchas quedaron vencedores: merced á la primera, constituyeron la patria; merced á la segunda, trasformaron la patria en la primera nacion del Universo: por eso la fe católica se halla tan íntimamente unida en la conciencia de los españoles á la libertad, á la victoria, á la conquista, á las riquezas y al honor nacional.»

No pudiendo, pues, atribuirse al carácter religioso de los españoles los males que abrumaban á la patria con su pesadumbre el siglo XVII, fuerza será buscar la causa en otra parte. El autor resuelve la cuestion, atribuyéndolos algunas líneas despues á la *mala religion* y al mal gobierno.

Nada nos ocurre decir en lo que se refiere al gobierno: su calificacion es justa; el reinado de Carlos II fué uno de los más desastrosos que registran nuestros anales. En lo que hace á la religion católica, todo cuanto pudiéramos replicar nosotros parecería pálido comparado al concepto que algun tiempo despues de ver la luz pública la presente obra mereció á su autor el catolicismo, y que dió á la estampa bajo la forma de un estudio, que lleva por título *El Pontificado*. (Véase la coleccion de sus obras completas.) Dice así: «Ha dado el vulgo en repetir con marcada insistencia que á medida que vaya progresando el mundo y difundiendo la luz de la civilizacion por todo él, irá perdiendo terreno el catolicismo y ocupando el protestantismo su lugar; pero dudo mucho que así sea, porque, ántes al contrario, vemos que mientras de dos siglos y medio á esta parte ha dado el humano espíritu muestras de actividad asombrosa, adelantando en todos los ramos del saber, no ha hecho el protestantismo una sola conquista siquiera que merezca mencionarse, y que si han ocurrido cambios y mudanzas en las creencias de los hombres, han sido éstas favorables sólo á la Iglesia católica romana; institución única en el mundo, y con la cual no existe ni ha existido jamás obra ninguna que pueda serle comparada en antigüedad, en vitalidad y en gloria. Abrazan sus tradiciones las dos grandes épocas de la civilizacion: la augusta dinastía de sus Pontífices comienza en la noche de los tiempos casi fabulosos, cuando el perfume de los sacrificios embalsamaba el Panteon, y los tigres y leopardos se ofrecían en espectáculo al pueblo congregado en el anfiteatro de Flavio: no hay abolengo más antiguo que el suyo, y si sufrió quebrantos al Norte de Europa, en cambio acrecentó su dominio de una manera prodigiosa allende los mares; ha visto nacer todas las monarquías, poderes y gobiernos que existen, y ¿quién sabe si no está destinada á ver su fin! Si era poderosa y grande y respetada la Iglesia católica ántes de que los sajones llegaran á Inglaterra y de que los franceses cruzaran el Rhin, cuando todavía se hallaba floreciente la elocuencia de Atenas en Antioquia y los ídolos recibían

mera mujer (1), á quien amó tiernamente, murió jóven; la segunda con quien casó, si logró ejercer sobre él grande influencia, en cambio parece que ántes la temía que no la amaba. No tenía hijos, y aún cuando apenas pasaba su edad de los treinta años, hallábase de tal modo alterada su constitucion, que había renunciado á toda esperanza de posteridad. Pero con tener el cuerpo tan enfermo, aún era más entero y vigoroso que su espíritu, pues le aquejaba en ocasiones la melancolía, y le asediaban de continuo las ideas más lúgubres y extrañas. Sin embargo, no se le oscurecía su verdadera situacion, y la idea de que á su muerte seguiría la disolucion del imperio español venía en ciertos momentos á empeorar su estado, agravando sus prolongados sufrimientos.

Era la sucesion de la corona española muy codiciada por algunos príncipes, y aparecía en primera línea Luis XIV de Francia, marido de la hermana mayor del rey Carlos. Sujetándose al derecho comun de las herencias, el Delfin hubiera debido, pues, recoger la del monarca moribundo; pero había la circunstancia de que, al contraer matrimonio la infanta, renunció para sí y su posteridad (2) á la sucesion de la Corona; renuncia que las Cortes confirmaron despues solemnemente. Otra hermana del Rey había sido la primera mujer del emperador Leopoldo de Alemania; y si bien cuando tuvo lugar su matrimonio renunció en igual forma sus derechos, como las Cortes no sancionaron la renuncia, los jurisconsultos españoles la reputaban nula y sin valor alguno. De este matrimonio nació una hija, que á la sazón era esposa del Elector de Baviera, y por tal modo el príncipe electoral heredaba sus derechos al trono. Por otra parte, Leopoldo de Alemania, como hijo de una hija de Felipe III, era primo hermano de Carlos, y á su madre no se la había exigido renuncia con ocasion de su matrimonio (3).

culto en el templo de la Meca, poderosa y respetada podrá continuar siendo cuando los viajeros de Nueva Zelanda, sentados en los escombros del puente de Lóndres y en medio de inmensa soledad, dibujen en sus álbums las ruinas de la catedral de San Pablo.»

Inútil será decir que sólo el convencimiento más reflexivo ha podido inspirar este rasgo de verdadera elocuencia á un protestante tan progresista como lord Macaulay.—*N. del T.*

(1) María Luisa de Orleans; la segunda fué María Ana de Newburg.—*N. del T.*

(2) Por el tratado de los Pirineos. Mas como en Castilla sucedían las hembras, á no alterar las leyes del reino, á ella correspondía la corona, á falta de su hermano.—*N. del T.*

(3) Además alegaba descender de Fernando I, hermano de Carlos V, y en su virtud que, extinguida la rama primogénita, debía buscarse en la inmediata de varones.—*N. del T.*

El negocio era, como se ve, complicado y difícil. Porque, mientras el derecho mejor fundado y más claramente definido envolvía el vicio de nulidad por consecuencia de un pacto solemne, los que alegaba el de Baviera, si eran más débiles, en cambio el contrato que pudiera obligarlo á que no se presentase como pretendiente no era ménos fácil de eludir; resultando que el único príncipe contra el cual no se pudiera invocar ninguna renuncia era quien, bajo el punto de vista del parentesco, tenía ménos derecho (1).

Bien sabían el Emperador y el Delfin que si cualquiera de los dos ocupaba el trono español, la Europa entera se alarmaría, y por tanto se adelantaban á ofrecer que renunciarían sus pretensiones en sus hijos segundos: el de Alemania, en el archiduque Carlos; y el Delfin, en el duque de Anjou, Felipe de Borbon.

Poco despues de la paz de Ryswick, Guillermo III y Luis XIV acordaron resolver la cuestion de la herencia sin consultar á Carlos ni al Emperador; y la Francia, la Inglaterra y la Holanda firmaron un tratado en el cual se estipulaba que el príncipe electoral de Baviera sucedería en la Corona de España, Indias y Países-Bajos, quedando el Milanesado para pagar el silencio de la familia imperial, y las Dos Sicilias para el Delfin (2).

El rey de España y sus consejeros querían, por su parte y ante todo, evitar la desmembracion de la monarquía; y con la esperanza de alcanzar este resultado determinó Carlos de elegir sucesor, haciendo al efecto testamento, por el cual legaba la corona al príncipe bávaro. Pero como sobrevino la muerte de éste (3) al firmarse, quedó la cuestion pendiente, y más difícil de resolver que nunca.

Hízose nuevo tratado de reparticion entre Francia, Inglaterra y Holanda, y se convino que la Península, las Indias y los Países-Bajos se darían al archiduque Carlos, y que para compensar tamaña concecion de los Borbones á una casa rival, entraría bajo el dominio de la Francia el Milanesado, ó un equivalente, pensándose para este caso en la provincia de Lorena.

Lord Mahon habla de este arreglo con dureza (4)

(1) Los demas pretendientes eran el duque de Orleans (Felipe), como hijo de la infanta doña Ana de Austria, mujer de Luis XIII; el duque Víctor Amadeo de Saboya, descendiente de Catalina, hija segunda de Felipe II; y el rey de Portugal, descendiente de la infanta doña María, hermana menor de doña Juana la Loca y esposa del rey D. Manuel.—*N. del T.*

(2) Con el marquesado de Final y Guipúzcoa. Así se estipuló en el tratado de *Repartimiento* de 11 de Octubre de 1698.—*N. del T.*

(3) En Bruselas á 8 de Febrero de 1699.—*N. del T.*

(4) En su *Historia de la guerra de la Sucesion*

y lo califica de «pacto inicuo, concluido sin tener en cuenta para nada el bienestar de los pueblos, é insultante y despresivo del orgullo de la nacion, á la cual despojaba de sus laboriosas conquistas.» Pero es lo cierto que de igual manera pueden calificarse la mitad de los tratados concluidos en Europa. ¿Qué consideraciones se fuvieron si no, ni qué miramientos en el tratado de los Pirineos con los habitantes de Dunkerque y del Rosellon, en el de Nimega con los del Franco-Condado, en el de Utrecht con los Flamencos, y en el de 1735 con el pueblo toscano? La Europa recuerda, y tendrá muy en memoria la posteridad más remota, con cuánta indiferencia se vió adjudicar, en ocasion de la última paz general de la cristiandad, los pueblos de Polonia, de Noruega, Bélgica y Lombardía á señores que aborrecían. ¿Qué extraño, pues, que los autores del tratado de particion, hombres no nada descollantes en su siglo, se preocuparan tan poco de la felicidad de los pueblos que repartían á dueños extranjeros?

Por lo demas, difícil sería probar que las estipulaciones que tanto condena lord Mahon fuesen por ningún concepto desfavorables al bienestar de los pueblos que se querían transmitir á nuevas manos. El de Nápoles, por ejemplo, nada hubiera perdido pasando á las del Delfin; y en cuanto al de Lorena, unirlo al de Francia habría sido el acontecimiento más feliz que pudiera sobrevenirle. Durante largos años, Luis había gobernado á los loreneses, y si con motivo de la paz de Ryswick se permitió volver al país su señor el duque, fué bajo tales condiciones, que más parecía ser, y era en efecto, un vasallo de la Francia.

No podemos admitir las objeciones que se han hecho al tratado de particion, diciendo que tendía á despojar á la España de sus laboriosas conquistas, porque la herencia era tan considerable y tan poderosos y fuertes los pretendientes, que, sin desmembracion, apenas hubiera sido posible llegar á un acuerdo pacífico, y porque, siendo necesaria una desmembracion, el mejor modo de realizarla era sin duda separar de la monarquía aquellas provincias situadas á gran distancia de la metrópoli, que no eran españolas por las costumbres, ni por el idioma, ni por los sentimientos, que se hallaban peor regidas que Castilla y Aragon, y que, habiéndolo sido siempre por extranjeros, debían sentir ménos la humillacion de pasar de unos amos á otros.

Es evidente que Inglaterra y Holanda tenían derecho á intervenir, y que la sucesion de España no era un asunto interior y casero, sino europeo. Y no sólo conviene en esto lord Mahon, si que tambien cree que una vez hecho el mal y asentado en

de España, un vol. en 8.º, Lóndres, 1832; obra que sirvió de pretexto á lord Macaulay para escribir el presente Ensayo.—*N. del T.*

el trono español Felipe V, ambas tuvieron razón, no sólo para querer privar á España de sus dependencias lejanas, sino hasta para conquistar el territorio de la Península y poner bajo la dominación de un extranjero, no sólo á italianos y flamencos, sino hasta los mismos españoles, á quienes tanto repugnaba esta idea. Y como los peligros que se quisieron conjurar por medio del tratado de Repartimiento fueron despues precisamente los que sirvieron de pretexto para la guerra, nos parece muy árduo y difícil demostrar que si bastaron para justificar las hostilidades, no fueran parte á justificar las cláusulas del tratado. Si la conquista pura y simple, cosa que sostiene lord Mahon, hubiera sido mejor para España (1) que la venida de los Borbones, la pérdida de la Sicilia y del Milanesado le hubiera sido también más ventajosa que asentar en su trono á los Borbones.

Réstanos averiguar si el tratado se había concebido juiciosamente. Y ya que nos ocupamos en esto, diremos que censuramos sus disposiciones, no porque las hallemos malas, sino porque creemos que no tenían probabilidades de ejecución. Luis XIV, más desleal de los políticos, detestaba á los Países Bajos y al gobierno que la revolución había establecido en Inglaterra, y estaba dispuesto siempre á romper con sus nuevos aliados; pudiendo darse por cierto que no sostendría su palabra si creía de su interés faltar á ella. Y si hubiera sido de su interés el sostenerla, tal vez el interés más apremiante y palpable no hubiera sido parte á persuadir á un hombre tan altanero y pertinaz como lo era él para que se aliara lealmente á dos gobiernos que siempre habían sido objeto de su desprecio y de su aversión.

Cuando llegó á Madrid la nueva del segundo tratado, despertó pasajera energía en el moribundo señor de la espirante dinastía. El embajador de España en la corte de Lóndres (2) recibió instrucciones para hacer cargos al gobierno de Guillermo, y lo hizo de una manera tan inusitada é insolente, que se le dió sus pasaportes por respuesta. Carlos, á su vez, despidió á los embajadores de Inglaterra y de los Países Bajos. El rey de Francia, que era el principal autor del tratado de Repartición, logró esquivar la ira de Carlos y del pueblo español y dirigirla contra las dos potencias marítimas, las cuales, como dejamos dicho, quedaron sin representante en Madrid, pudiendo así su pérfido aliado proseguir libremente sus intrigas, cosa que no descuidó.

Empeñóse entonces un grave conflicto entre los opuestos bandos que asediaban al infeliz rey, y la

balanza se inclinaba ya de un lado, ya de otro. De parte de la familia imperial estaba la reina, que pertenecía á ella, y á su lado el confesor del rey y la mayor parte de los ministros. El bando contrario contaba con dos de los más hábiles políticos del siglo: el cardenal Portocarrero (1), arzobispo de Toledo, y el duque de Harcourt, embajador de Luis XIV.

El duque de Harcourt era un noble trasunto de aquellos señores de la aristocracia francesa en los días de su mayor grandeza: cumplido caballero, valiente soldado, hábil diplomático, de maneras insinuantes y corteses y de carácter vivo, pero atemperado por cierta gravedad castellana, logró ser el favorito de la corte, viviendo en la intimidad de los grandes, halagando al clero y deslumbrando al pueblo con su magnificencia. Y las preocupaciones que los madrileños habían concebido contra los franceses, y los odios que se habían acumulado durante siglos enteros de rivalidad nacional cedieron lentamente á sus nobles é hidalgos procederes, en tanto que el embajador austriaco (2), alemán frío, grave, vano y mezquino, iba por momentos haciendo cada vez más impopular á su patria en la medida de su propio desprestigio.

El duque de Harcourt supo granjearse la buena voluntad de la corte y del pueblo, y Portocarrero gobernó al Rey dirigiendo su conciencia (3). Carlos estaba enfermo, y era nervioso por extremo y de una superstición extravagante, y Portocarrero, que poseía el arte de excitar y calmar espíritus como el suyo, cosa que hacía el cardenal con la frialdad y la calma que caracterizan á los hombres ambiciosos, comenzó por suplantar al confesor de S. M. Y como el estado del infeliz rey, durante la lucha de sus dos directores espirituales era horrible, porque así lo persuadían de que su enfermedad era análoga á la de los desgraciados descritos en el Nuevo Testamento, que habitaban entre los sepulcros y á quienes no era posible sujetar con ninguna clase de cadenas, ni en cuya compañía era nadie osado á vivir, como consultaban respecto de su dolencia á una bruja que vivía en las montañas de Asturias, llegando hasta el extremo de acusar á muchas personas de haberlo hechizado, por cuyo motivo Portocarrero aconsejó (4) que se sometiera S. M. á la

(1) Portocarrero perteneció en un principio al partido austriaco.—*N. del T.*

(2) El conde de Harrach, del Consejo del Emperador.—*N. del T.*

(3) El director espiritual del Rey era entonces el P. Matilla, á quien hizo reemplazar Portocarrero con fray Froilan Diaz, hombre piadoso, pero falto de luces.—*N. del T.*

(4) Portocarrero fué extraño á esta cuestión. Su iniciador, por decirlo así, fué Rocaberti, el inquisidor mayor, quien encargó de todo á fray Froilan

(1) Para España ó para los enemigos de los Borbones?—*N. del T.*

(2) El marqués de Canales.—*N. del T.*

medrosa ceremonia del exorcismo, la cual se verificó: esta ceremonia puso al Rey más atribulado y lo redujo á mayor extremidad; pero secundó los designios del cardenal, que logró al fin, merced á sus amaños, echar léjos de Cárlos, no al diablo, sino al confesor de S. M.

Hecho esto, lo más importante era desembarazarse de los ministros. Madrid se proveía de víveres por medio de un monopolio ejercido por el gobierno, que se ocupaba de tan delicado negocio como de todo lo demas. Los partidarios de la casa de Borbon supieron utilizar en beneficio de su causa la negligencia administrativa de la de Austria. Faltaron de improviso las provisiones y se encarecieron de manera excesiva los primeros artículos, con lo cual el pueblo se amotinó un dia, acudiendo en tropel á la residencia del Monarca. Se presentó la reina á la multitud, y se recurrió á otros expedientes para calmar los ánimos; mas fué todo en vano, haciéndose necesario interrumpir el penoso sueño de Cárlos y llevarlo al balcón para que pareciese á los ojos de sus vasallos, los cuales obtuvieron entónces la promesa de que serían exonerados los consejeros impopulares. Con esto, el pueblo corrió á las casas de los ministros y las entró á saco. Los partidarios del Austria cayeron, y ocuparon sus puestos los amigos de Portocarrero. El Rey salió de la corte, en que tan duros ultrajes había recibido, y se trasladó al retiro del Escorial, donde su espíritu enfermo comenzó á ocuparse en otros asuntos; y como su antepasado Cárlos V sintió el deseo, por demas extraño, de conocer los secretos del sepulcro hácia el cual descendía rápidamente. Tres generaciones de príncipes castellanos descansaban en las bóvedas construidas por D. Felipe II en el Escorial, y el desgraciado monarca bajó á ellas alumbrado de antorchas y penetró en la lóbrega y magnífica sala en que se hallaban en torno de un crucifijo. Mandó abrir las cajas que contenían los despojos de sus predecesores, y se mostró poco afectado de tan horrible espectáculo, hasta que levantaron la tapa del féretro de su primera esposa, que apareció á su vista, merced á la habilidad de los embalsamadores, en aquella primera belleza suya, tan presente siempre á su memoria. Detuvo la mirada un espacio en aquellas facciones que no

Diaz. Este, entónces, se puso en correspondencia con el P. Argüelles, y entre ambos recetaban y propinaban brevajés á S. M., poniendo en peligro su vida.

Más tarde, se hizo venir de Alemania á fray Mauro Tenda, el cual verificó la ceremonia de exorcisar al Rey con tan grande aparato de voces y conjuros que logró aterrar al paciente. A consecuencia de esto, fueron denunciados á la Inquisicion Diaz y Tenda, ocupando el puesto de confesor fray Nicolás de Torres-Padmota.—*N. del T.*

había visto hacia diez y ocho años y que parecía haber respetado la muerte, y huyó luégo de allí, exclamando: *Ella está en el cielo, y pronto estará con ella.* Su espíritu y su cuerpo experimentaron con esta lúgubre escena una sacudida de que no se rehicieron jamás. Le daba horror el Escorial, y se alzó de él, dirigiéndose á su palacio de Aranjuez; pero las sombrías alamedas y las puras aguas de aquella deliciosa residencia, tantas veces cantadas por Calderon en sus bellas poesías, no pudieron ser parte á consolar á su desgraciado dueño; y así, despues de haber ensayado inútilmente la medicina, los viajes y las distracciones, regresó á Madrid para morir.

MACAULAY.

Trad. de M. JUDERÍAS BENDER.

SCHEELE.

Tambien está rodeada la modestia de su aureola de gloria. Al recorrer las páginas del libro de la ciencia, se encuentran con inusitada frecuencia marcadas las huellas de un sabio, mucho más conocido por sus obras que por su personalidad, semejante á un astro luminoso del que sólo percibiéramos el reflejo de sus puros rayos que inundasen de luz nuestras retinas, sin distinguir el origen de donde partiera aquel hermoso fulgor que tantos oscuros senderos ilumina y tantos escollos salva. ¿Dónde acudiremos á buscar el genio, oculto cual la brillante perla en el fondo del mar, ó cual precioso metal en las entrañas de la tierra? ¿Cuál es el dichoso país cuyos primeras aurás mecieron su cuna? ¿Cuál el nombre del casi ignorado descubridor de tantos hechos científicos?

El montañoso país de Suecia tiene tambien la gloria de contar entre sus hijos á Cárlos Guillermo Scheele, que nació en Stralsund (hoy ciudad prusiana) el 19 de Diciembre de 1742. Su educacion científica fué en un principio muy poco esmerada, razón mayor para apreciar doblemente los servicios inmensos que prestó á la ciencia, siquiera haya sido cual la modesta violeta que derrama su fragancia y su encantador perfume sin atreverse apénas á levantar su frente, ruborizándose ante la majestad de otras flores ménos aromáticas, pero de más gallardo porte.

Hijo de un comerciante no muy acomodado y además con once hijos, no podía recibir carrera que exigiese grandes sacrificios; así es que á la edad de catorce años comenzó los estudios de farmacia práctica en Gotemburgo, sin tener para su instruccion otro libro que una obra antigua de Neumann, titulada *Prealecciones chemicæ*, donde estudió los rudimentos de la química, con todos los errores de

que estaba entónces rodeada esta ciencia y que tanto había de contribuir á deshacer su superior talento, en términos de dotarla de diferentes cuerpos ántes no conocidos, por lo que pasará su nombre siempre unido á la historia de interesantes sustancias.

Tenía poca disposicion para aprender idiomas; jamás conoció otro alguno que el alemán, que era el que había oído en su infancia, y en el mismo continuó escribiendo sus Memorias; de suerte que tuvo precision de traducirlas para presentarlas á la Academia de Stokolmo.

Refiere Dumas en su notable libro titulado *Lecciones de filosofía química*, que era tan grande el entusiasmo de Scheele por los estudios químicos, que robaba gustoso no escaso número de horas al sueño para entregarse á los experimentos que de continuo practicaba; y asegura tambien que uno de sus colegas tomó á broma sus trabajos y tuvo el mal gusto de colocar una sustancia explosiva donde tenía que hacer sus experimentos. Acudió Scheele al sitio, ignorando por consiguiente la superchería, y al comenzar sus operaciones en horas altas de la noche, se oyó espantosa detonacion que conmovió al edificio y alarmó á los vecinos que se entregaban tranquilos al descanso. Desde entónces fué sumamente reservado en todos sus estudios prácticos, temeroso, más que de la perturbacion, del ridículo, ese acerado puñal cuyas heridas son tan difíciles de curar en nuestra sociedad.

Todavía trascurrieron algunos años ántes de que Scheele pasara á Upsal, donde tuvo ocasion de conocer á dos de los hombres que más llamaban la atencion en Europa, al célebre Linneo, acerca de cuyo valer hemos tratado ya, y á Bergmann, el cual fué el primero que reveló el honrosísimo concepto que Scheele le merecía, cuya revelacion verificó en la extensa correspondencia que sostenía con los principales sabios de su época.

La multiplicidad de sus científicos trabajos y la importancia de los mismos le abrieron paso entre las gentes y le sacaron sin él quererlo de la oscuridad, pasando su nombre de boca en boca y llevándolo la fama en sus alas cual suave céfiro que conduce ténue vilano donde se oculta el gérmen de olorosa flor. A consecuencia de este renombre, llovieron sobre él ventajosos ofrecimientos de personajes de posicion y hasta de príncipes, con objeto de utilizar sus conocimientos y hacer que saliese de la condicion humilde á que se hallaba reducido; pero los rechazó todos por abrazar el ejercicio de una profesion donde en el retiro del hogar doméstico pudiera con independendencia completa consagrarse á sus experimentos químicos.

Llegó á su noticia la muerte de un farmacéutico residente en un pequeño pueblo de Suecia, y acu-

dió solícito á desempeñar la oficina de farmacia que dejara vacante, deseoso, al propio tiempo que de cultivar su especialidad favorita, de vivir en esa modesta medianía que no lleva la gloria ni el aplauso, pero en cambio rica en los goces de la vida doméstica, en los encantos que proporciona el hogar. Sin embargo, nególe la fortuna esa dicha que tanto anhelara y en pos de la cual había ido durante muchos años. Parece ser que las deudas que cancelaron la hacienda de su antecesor en la referida oficina de farmacia le produjeron larga serie de no pequeños sinsabores, en términos que aquella prometida existencia deslizándose cual tranquilo arroyo por frondosa alameda, se convirtió en algunas ocasiones en agitada y zozobrosa. Pero su trabajo asiduo y su incansable perseverancia, concluyen por vencer los obstáculos que á su paso se presentan, paga á los acreedores y divide su tiempo entre el desempeño de la profesion y las investigaciones químicas para cuyos experimentos tenía tan hábiles manos, de las cuales habían de salir descubrimientos interesantes y cuerpos nuevos con la facilidad que de la rama del árbol brotan sazoadísimos frutos.

Cuéntase que, viajando el rey de Suecia por fuera de sus Estados, llegó á sus oídos la existencia en Kjöping del eminente Scheele, y ordenó al ministro que se le diera una condecoracion, pero equivocadamente recayó en otra persona del mismo apellido, empleado en la administracion y que ningun mérito reunía para obtener la recompensa.

Se casó en 1786 y falleció dos dias despues, todavía en edad temprana, puesto que sólo contaba cuarenta y tres años. Su breve paso por el mundo no fué obstáculo para que dejase profundas huellas que hayan causado la universal admiracion, y que la industria, la medicina y todas cuantas manifestaciones de la inteligencia utilizan los conocimientos químicos, recuerden la existencia de tan profundo y sagaz investigador.

Veamos, aunque á la ligera, sus grandes trabajos, que son la hermosa corona que más puede enaltecerle á los ojos de la posteridad. Se observa desde luégo, á poco que se medite, gran semejanza entre el genio de Lavoisier y el de Scheele. Éste, como Lavoisier, es un portento en la ciencia á que se dedica; como Lavoisier, descubre diversidad de cuerpos; pero distínguese el uno del otro en sus tendencias: en Lavoisier, vemos el talento generalizador que se eleva de lo sencillo á lo complicado, y luégo teoriza con sin igual brillantez; al paso que Scheele es el talento analítico, el experimentador que en su laboratorio desmenuza los hechos uno á uno, para entregar el estudio completo y detallado de cada cuerpo.

Era el año 1774. Había consagrado Scheele hacia

tiempo, no escaso número de horas al estudio de la sustancia llamada magnesia negra, conocida también con el nombre de jabón de vidrieros, que más tarde denominaron los químicos bióxido de manganeso. Esta sustancia la sometió á la acción de diferentes cuerpos, observando los menores detalles en cada uno de sus experimentos. Calentando esta magnesia negra con ácido sulfúrico, obtenía una sal de color de rosa, notando además que la reacción va acompañada de efervescencia, ó sea del desprendimiento de un gas. Para conocer la naturaleza de éste, puso en el cuello de la retorta donde tenía lugar la reacción una vejiga comprimida, y bien pronto pudo observar que aumentaba de volumen, llenándose de un gas que avivaba la combustión.

Calentó la magnesia negra en un crisol con potasa cáustica en contacto del aire, y observó que resultaba una sustancia que al disolverse en el agua tomaba un color verde, prontamente tornadizo en rojo por la acción de un ácido ó por la del mismo aire. Este cambio de color le indujo á denominar al cuerpo camaleón mineral, por la semejanza más ó menos remota entre el mismo y el reptil conocido con ese nombre.

Pero entre sus trabajos sobre el mismo bióxido de manganeso merece citarse sobre todos el que le condujo al descubrimiento del cloro. Colocó una onza de espíritu de sal (ácido clorhídrico) sobre media de magnesia negra reducida á polvo fino. Trascorrida una hora, observó que sin aumentar la temperatura el líquido se coloreaba de amarillo, y calentándolo se desprendía un fuerte olor á agua régia. Adaptó también una vejiga al cuello de la retorta, calentó ésta, y vió que la vejiga aumentaba de volumen, y cuando la separó pudo observar que estaba llena de un cuerpo aeriforme de color amarillo, al propio tiempo que la destrucción de las paredes de la indicada vejiga. Por esta razón tuvo necesidad de abandonar este procedimiento, sustituyendo la vejiga con botellas llenas de agua, invertidas en vasijas llenas del mismo líquido.

Describe minuciosamente las propiedades del gas obtenido, que él designó con el nombre de ácido muriático deflogisticado, y después Ampère con el de cloro; nombre con que hoy le conocen todos los químicos, designando á Scheele como el descubridor de tan importante cuerpo. Al hablar de la descoloración de las sustancias por el cloro, por ejemplo, las flores, que todas ellas pierden sus matices, reflexionaba que el cloro siempre pasa al estado de ácido muriático, fácil de reconocer por los abundantes vapores que esparce en contacto del aire. Insistiendo en esta circunstancia, comprendió que la tendencia que tiene dicho cloro á adquirir algo, era la causa de estas reacciones. No podía irse más lejos: todavía no se conocía el hidrógeno, y se ignoraba

por consiguiente la gran afinidad que existe entre este cuerpo y el cloro.

Haciendo, pues, aplicación de esta idea, se podrá en pocas horas descolorar telas que ántes necesitaban muchos días, valiéndose para este objeto del sol y la humedad.

Pero el descubrimiento del cloro, suficiente para dejar el nombre de su autor grabado con caracteres indelebles, hubiese largo tiempo permanecido oculto, á no ser por la amistad que existía entre su descubridor y Bergmann, profesor de química en la Universidad de Upsal, el que no descansó hasta dar á conocer á sus discípulos, y al mundo científico entero, el hallazgo que acababa de hacer el modesto farmacéutico, tan sabio como poco apreciador de su mérito y de sus condiciones de químico de primer orden.

Una de sus más imperfectas obras es el libro sobre el aire y el fuego; pero va seguido de una Memoria acerca del análisis del aire, donde demuestra que este cuerpo es una mezcla de dos flúidos elásticos muy distintos, llamado el uno aire viciado ó corrompido, y el otro aire puro. Llegó á estos resultados mediante la descomposición que algunos sulfuros alcalinos en contacto del aire experimentaban, y puede muy bien compartir con Lavoisier la gloria del descubrimiento de la composición del aire, puesto que sus trabajos fueron del todo independientes y valiéndose de cuerpos completamente distintos para llegar al resultado.

El depósito que el mosto deja en los toneles cuando fermenta, recibe el nombre de tártaro crudo, y en esas heces del vino fué donde Scheele encontró un ácido que por el sitio en que existe se ha llamado tartárico. Llegó á aislar el ácido del zumo del limón y señaló un exacto procedimiento para obtenerle; así es que se le considera como el descubridor del ácido cítrico.

Próximamente tendría veintiocho años cuando estudió el fluor mineral calentándole con ácido sulfúrico, y observó el desprendimiento de un gas energético que tenía la propiedad de atacar fuertemente el vidrio, cuya propiedad ha utilizado después la industria del grabado, y la química conoce con el nombre de ácido fluorhídrico al cuerpo que se desprende.

Existe una materia de precioso color verde, que la pintura emplea con frecuencia, la cual recibe el nombre de verde de Scheele, por haber sido este químico el primero que la obtuvo poniendo en contacto dos disoluciones, una de vitriolo azul (sulfato cúprico), y otra de arsénico blanco y potasa (arsenito potásico). Pero este hermosísimo color tiene el gravísimo inconveniente de ser altamente venenoso; su aplicación á los objetos es fácil, mas su adherencia es escasa y el menor roce destaca

partículas del mismo que, flotando en el aire, pueden producir graves envenenamientos. Más de una consecuencia funesta ha habido que deplorar por el empleo de los papeles pintados con el referido verde, y por el uso que del mismo hacen los confiteros para el adorno de las pastas que fabrican.

Debe la ciencia química á Scheele un método nuevo para la obtención del ácido benzóico, así como interesantes trabajos acerca de los ácidos arsénico y úrico, sobre el azul de Prusia, sobre el ácido málico y la naturaleza del éter. También enseñó á distinguir la plumbagina, mineral carbonoso con el que se fabrican los lapiceros, de la molibdenita, donde encontró un ácido especial llamado más tarde ácido molibdico.

Son también dignos de conocerse los experimentos que le condujeron al descubrimiento de la barita. Calcinó en un crisol una mezcla de espato pesado, polvo de carbon y miel; trató la masa, que era un sulfuro bórico, por el ácido muriático; obtuvo una disolución (cloruro bórico) que precipitó después por el carbonato potásico, y se formó, como era consiguiente, abundante precipitado blanco (carbonato bórico). Todo esto era con el objeto de distinguir la barita de la cal, y, en efecto, se le asigna el descubrimiento del óxido de bario.

Hemos enumerado rápidamente la vida y principales trabajos de Scheele. Se conocen algunos otros de ménos importancia, como son: una Memoria sobre la leche, y otra sobre la conservación del vinagre; pero los indicados bastan para dar aproximada idea del mérito de su autor. Hemos visto grandes obreros de la ciencia, podemos contemplar con la historia en la mano genios que han dado impulsos maravillosos á su perfeccionamiento; pero brotar de las manos de un hombre tantas sustancias que parecía esperaban su contacto para darse á conocer, y andar tanto camino en vida tan excesivamente breve, no puede concebirse sino hallándose dotado de aptitud especialísima para el trabajo de laboratorio, tan difícil y que sólo á pocos les es dado alcanzar.

A Scheele le sucedió lo que generalmente acontece á los hombres eminentes: su apoteosis ha sido póstuma; pero el nombre del sabio farmacéutico será como los de Lavoisier, Berzelius, Liebig y Thenard, que vivirán lo que la ciencia química, por grandes que sean los cambios y profundas las alteraciones que experimente.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

CARACTERES CONTRADICTORIOS

DE LA

TEORÍA AUTOMÁTICA DE LA ACTIVIDAD HUMANA.

En la mayor parte de las obras de fisiología que he leído, he encontrado la palabra *autómata* empleada en un sentido muy vago y contradictorio. Unas veces se hace de ella el equivalente exacto de *máquina* en su significación común y popular; otras veces equivale á máquina *más* consciente. El doctor Carpenter, en su conocida obra *La Fisiología mental*, emplea la palabra, ya en un sentido, ya en otro; frecuentemente la aplica á actos que hace derivar de la sensibilidad, y áun; hasta cierto punto, de la inteligencia y de la voluntad, pero que, con el tiempo, llegarían á ser puramente automáticos y mecánicos. Esta duda entre dos interpretaciones tan esencialmente diferentes, me parece inexcusable. Un autómata es una máquina privada de conciencia, ó un cuerpo cuyos actos están determinados por la sensibilidad; no puede ser lo uno y lo otro á la vez. No puedo explicarme cómo actos que en su origen reclamaban la intervención de la sensibilidad llegan á realizarse sin ningún sentimiento; cómo un organismo que responde á ciertos excitantes *puramente* en virtud de su sensibilidad, puede en un momento dado responder á esos mismos excitantes en ausencia completa de toda sensibilidad. Que actos realizados primero con trabajo llegan poco á poco á producirse fácilmente, se concibe bien, y se demuestra todos los días. Ciertos sentimientos que al principio se extendían más allá de los centros de actividad nerviosa que le estaban destinados particularmente, formando así, en más ó ménos tiempo, combinaciones más complejas, han podido á la larga restringirse á una esfera de actividad puramente local, llenar así, cada uno á su manera, funciones especiales, y no manifestarse al resto del ser vivo sino como una parte de la corriente general de la conciencia; esto es perfectamente razonable, y esta es, en mi concepto, la teoría que una filosofía comprensiva debería proponer con plena y entera confianza para explicar todos los hechos y todos los casos alegados hasta el presente. Pero que un organismo sensible que obra solamente *á causa* de su sensibilidad, pueda nunca transformarse en simple máquina, me parece imposible de concebir. Porque, de seguro, el sentimiento es una cosa ó un acto *sui generis*; si no es una *cantidad* positiva, al ménos es una *cualidad* positiva; y esto basta para lo que concierne á esta discusión. La cuestión se plantea, pues, de este modo: «En esta transición del acto sensible al acto puramente mecánico, ¿á dónde ha marchado el sentimiento?» La filosofía tiene el derecho de plantear esta cuestión á la fisiología; porque

atenerse á ver actos, cuyo origen se debe solamente á la sensibilidad, reproducirse en ausencia total de esta, es buscar un efecto en ausencia de su causa. En vano se contesta, con el doctor Carpenter, que la atención está entonces ocupada en otra parte, porque la atención no es un simple sentimiento; es una operación, una reflexión efectuada sobre el sentimiento, que se desprende entonces de esa masa confusa de los demás sentimientos, siempre más ó menos presentes. No es solamente el doctor Carpenter, sino también las nueve décimas partes de los fisiólogos, quienes pretenden que en la realización de los actos automáticos faltan en absoluto la atención (la conciencia intelectual) y aún el simple sentimiento (la conciencia orgánica). Hablan hasta de sentimientos *reflejos* que subsisten *en ausencia de la sensación*.

Las inconveniencias en que incurren fisiólogos y psicólogos por los usos contradictorios de la palabra *autómata* son numerosas y manifiestas. Por ejemplo, el doctor Carpenter (*Fisiología mental*, página 58) acepta todos los hechos que implica la feliz tentativa de sir John Lubbock para adiestrar una avispa; sin embargo continúa tratando á los insectos como simples autómatas. Si la avispa ha perdido todo sentimiento y pasado al estado de máquina, es absurdo hablar de una tentativa feliz para adiestrarla. ¿Qué se diría de quien aceptara que podía adiestrarse una máquina de vapor? Por otra parte, si el insecto está dotado de sentimiento y en todo tiempo lo conserva, no ha podido ser ni llegar á ser una simple máquina. Parece, pues, claro que el doctor Carpenter debe negar los hechos relatados por sir John Lubbock, ó renunciar á la teoría que hace posible la transformación de los insectos en mecanismos ingeniosos. A juzgar por las analogías sacadas de nuestra propia conciencia (que en este caso, como en tantos otros, juzga en última instancia), se podría decir que la educación más humilde reclama en el individuo sensibilidad, algo que se relacione con la inteligencia y por lo menos los rudimentos de una voluntad.

Otro ejemplo de un acto puramente reflejo, llamado también puramente mecánico. El doctor Carpenter (*Fisiología mental*, página 73) cita niños que han nacido sin cerebro, que han vivido y respirado durante algunas horas, gritando y mamando, á pesar de no tener ningún centro nervioso encima de la médula prolongada. «Si semejante criatura, continúa, tiene en realidad alguna conciencia, esta conciencia no puede ser de un grado más elevado que el *sentimiento de angustia* que experimentamos cuando retenemos la respiración por un corto intervalo, etc.» Hagamos constar esta concesión. ¿Qué sentimiento de angustia puede experimentar una máquina? Cuando una bomba está seca, ¿expe-

rimenta algún sentimiento de angustia por falta de agua? Si un animal desprovisto de cerebro está dotado de un sentimiento parecido, no es una simple máquina, es un *organismo sensible*, por humildes que sean sus sentimientos, por rudimentaria que sea su actividad posible. Aún hay más: un sentimiento de angustia implica un *esfuerzo* hácia la satisfacción de la necesidad que se siente, y por vago que sea este esfuerzo, se le debe dar el nombre de actividad rudimentaria, que envuelve cierta intención por mal dibujada que sea. El esfuerzo no puede ser más que vago, la intención sólo puede ser mal dibujada, habiendo perdido el animal todos los instrumentos de ese conocimiento que da claridad á lo que es vago. Todo había desaparecido: ojos, orejas, órganos de olfato y hasta ese poco de inteligencia que nunca posee el animal. ¿Qué podía esperarse ver sobrevivir sino un simple sentimiento de angustia, de necesidad? Pero si ese sentimiento de necesidad sobrevive, en efecto, la teoría del automatismo no tiene razón de ser. Y si el doctor Carpenter está tan seguro de la validez de su doctrina automática, como parece atestiguar el relieve que le da en todo su volumen, ¿por qué admite en un animal sin cerebro ni aún la posibilidad del menor sentimiento, como el de la necesidad, el cual, dígame lo que se quiera, implica un poco de inteligencia y de voluntad? ¿Por qué se sirve tan frecuentemente de las palabras *por decirlo así* al hablar de los movimientos aparentemente mecánicos ó automáticos de los animales? Una seguridad plena no se traduce nunca en fraseología tan indecisa.

Debo hacer constar que en estas observaciones empleo la palabra máquina en su sentido ordinario, como una cosa que no tiene la menor conciencia de su propia actividad, porque en este sentido la toman todos los fisiólogos y psicólogos, que dan tanta importancia á los supuestos actos automáticos y á los sentimientos reflejos. Mi opinión personal es que la última palabra de la filosofía de nuestro tiempo será la afirmación de que, en la naturaleza, toda actividad tiene conciencia de sí misma á su manera; de suerte que la significación común de las palabras máquina y mecánica se encontrará siempre muy por debajo de la verdad. Esta última palabra de la filosofía es, en mi concepto, la única capaz de resolver, con la más estricta lógica, la cuestión á que se refieren estos apuntes.

ALEJANDRO MAIN.

Arbroath (Escocia).

UN PASEO POR MARRUECOS.

X.

Saffi 14 de Agosto de 1875.

Desde que salí de Mazagan tomé próximamente la dirección del S. O., caminando por una serie de colinas de corta altura, siendo el campo y el aspecto general del país tan igual en un todo á lo que ya había recorrido que por eso no hago aquí una descripción más detallada.

A siete millas de Mazagan, no lejos del mar, encontré unas ruinas muy notables por su extensión y dominadas por una torre. Después supe que eran los restos de una antigua ciudad llamada *Tett*, y que igualmente había otras ruinas, á las cuales llamaban el *Walidyjch* los moros del país.

Después de acampar en un *duar* y de trepar al otro día los cerros que forman el cabo Cautín ó *Bas-el-Hadik* (cabo de las Palmeras) como dicen los moros, descubrí á Saffi, donde llegué sin novedad y á cuya descripción procedo en cumplimiento del compromiso contraído.

La bahía, aunque poco profunda, ofrece en verano buen fondeadero, pero en cambio el desembarco es en extremo peligroso á causa de unas rompientes sobre las cuales tienen que pasar los botes para atracar.

La ciudad, que es en extremo pequeña, se cree fué fundada por los Cartagineses con el nombre de Azfi ó Afir, y aún se asegura que de aquella época es el castillo ó ciudadela que domina la población; pero otros, por el nombre de Azfi (rio), que es Berbere, pretenden que sean estos los fundadores.

En 1508, el moro Jahía, gobernador de Saffi, entregó la ciudad á los Portugueses, los cuales, en recompensa á su valor y lealtad le nombraron capitán general de sus ejércitos; pero acosados por continuos rebatos y correrías que no dejaban descansar á la guarnición, tuvieron que retirarse voluntariamente, sucediendo esto, según Mármol, el año 1541.

Al lado de la ciudad hay un barrio que se llama el *Rabat*, donde se acogen como á inviolable asilo los que tienen algo que temer de las autoridades, que dentro de las murallas de aquel recinto no tienen fuerza alguna.

El comercio consiste más especialmente en granos y algún aceite, y si se hicieran desaparecer las dificultades que hoy ofrece el embarque y desembarque, adquiriría un gran incremento tanto en la importación como en la exportación.

En esta ciudad, aún cuando paré poco, tuve lugar de ver la procesion de una cofradía muy renom-

brada que está bajo la advocación de Sidi Ben Aisa, espectáculo en extremo curioso por su aspecto de ferocidad, que me hacía creer que en un momento había saltado por cima de la inmensa barrera que forman los siglos para separarnos de los tiempos que fueron y me encontraba en la primera edad de los hombres.

En el imperio existen varias cofradías religiosas que tienen nombres y ritos especiales: tales son los Darcaguas, que hacen voto de pobreza, no reconocen más santo ni profeta que á Dios uno, y con objeto de tenerlo propicio se martirizan del modo más horrible, despreciando los bienes y placeres mundanos, excepto los de la carne.

Celebran sus fiestas en capillas especiales, y en épocas determinadas hacen procesiones (como la que tuve lugar de presenciar), á las cuales como devotos concurrentes ó sólo como curiosos de muchas leguas á la redonda acude un gran gentío.

El orden de la procesion es el siguiente: Rompen la marcha unos cuantos hombres armados de espingardas, que ensordecen con sus frecuentes disparos, pues ya le he dicho á usted que los moros no tienen fiesta completa si no queman mucha pólvora; siguen después algunos soldados del gobierno (Mahacen) encargados de velar por que el orden no se altere, y tras ellos vienen los músicos, andando de espaldas y tañendo los armoniosos instrumentos de que en otras ocasiones he hablado.

Tras la infernal orquesta marchan los cofrades desnudos de la cintura arriba, saltando, berreando, revuelta la cabellera, saltones los ojos, extraviada la mirada, cubierta de sanguinolenta espuma la boca por horribles contracciones desfigurada y por su demudado semblante mezclada con sudor; á borbotones corre la sangre de numerosas heridas que ellos mismos se infieren para purgar sus pecados, valiéndose de pesadas hachas y agudas gomas.

Algunos, despreciando estas armas vulgares, arrojan al alto grandes bolas de hierro, que al caer reciben con la cabeza; se dan en ella tremendos golpes con claveteadas mazas, ó con refinada é incomprendible crueldad se sajan el pecho y brazos con cortantes navajas, multiplicando las heridas al son de sus cánticos.

Tras la sangrienta y rugiente turba marchan las banderas y pendones de la cofradía, muchas mujeres llevando colgadas en la punta de unos palos multitud de fajas y pañuelos de varios y vistosos colores, y con ellas confundido el público fanático, y por aquel espectáculo fanatizado, vociferando y aullando de un modo que sólo habiéndolo oído una vez puede comprenderse.

Esta bárbara ceremonia, que presencié oculto tras las persianas de una ventana, no es, por lo que creo, originaria del África, ni tampoco peculiar á la

* Véanse los núms. 125, 124, 126, 128 y 129, págs. 27, 48, 121, 168 y 210.

religion mahometana; sino que viene de los Cananeos, los cuales, á su vez, puede ser que la recibieran de otros pueblos; pero como de ellos se sabe que eran los que de más antiguo la observaban, hasta que no pruebe otra cosa algun sabio que, por serles aficionado, salga á su defensa, les tengo y reputo por inventores de tan bárbara penitencia.

Herodoto, en el cap. VIII de su libro VII, hace constar la existencia de estas fanáticas sectas entre los Persas; Marcial y Tibulo hablan en el mismo sentido de los sacerdotes de Belona y Cibeles, y en el libro III de los Reyes, cap. XVIII y vers. 28 puede usted leer lo siguiente, refiriéndose á los sacerdotes de Baal:

«Clamabant ergo voce magna et incidabant se iuxta ritum suum cultris et lanceollis donec perfunderentur sanguine.»

Es decir, que despues de tantos siglos, cuando muchos creen haber llegado muy cerca de la cumbre de la civilizacion; cuando hemos domado el vapor, encadenado la electricidad; cuando las distancias no existen para el hombre, ni el pensamiento humano encuentra límites que detengan su atrevido vuelo; cuando el mismo sol, esclavo de nuestros caprichos, trabaja en la cámara oscura para satisfacerlo ó nos da su retrato para que le contemos y analicemos las manchas que afean su rutilante rostro; en el siglo XIX, en fin, con sólo atravesar nueve millas de agua, podemos encontrarnos en plena barbarie, y con un poco de buena voluntad creer que estamos en medio de los Cananeos.

Por la mañana suntuosas fondas, los hombres y mujeres vestidos con todo el refinamiento del lujo, el ferro-carril, el telégrafo, la prensa, la fotografia.

Á la tarde miserables tiendas de pelo de cabra, hombres y mujeres descalzos, semi-desnudos, el lento camello, noticias atrasadas y deformadas por los viajeros que las llevan de *duar* en *duar*, el despotismo, la más crasa ignorancia.

¿No es verdad que el contraste es extraordinario y que vale la pena hacer un viaje á este país, ya que está tan cerca del nuestro?

Pero volviendo á nuestra relacion, seguiré hablando á usted de las otras cofradías ó hermandades religiosas que se conocen en Marruecos.

Despues de los Darcaguas, los Isaguas es la cofradía más importante y el terror de los infieles, como en vida lo fué su santo patrono el venerado profeta Sidi Bent Aisa.

Esta hermandad tiene sus capillas donde se reune, y por medio de una música y canto particulares, acompañado de desordenados saltos y violentas pero acompasadas contorsiones, logran ponerse en un estado de demencia terrible.

Este canto y bailes preparatorios se llama *jairrear*.

Este violento ejercicio los marea, haciéndoles perder la razon al cabo de pocas horas, y entónces se creen leones, tigres, perros, gatos ó cualquier otro animal, cuya fuerza é instintos creen tener.

Arrójanse inmediatamente al suelo, imitan los movimientos y gritos del animal en que se figuran convertidos, llegando á tal extremo su obcecacion que comen yerba, carne cruda, culebras ó carneros, matándolos á bocados, desgarrándolos con sus dientes y bebiendo con delicia la sangre que brota de las recientes heridas.

Siguiendo su cruel manía, los que se creen transformados en bestias feroces se arrojan sobre los cristianos ó los desgraciados judíos que encuentran al paso, haciendo ademán de querer devorarlos.

Quando un europeo se encuentra inopinadamente con una procesion de este género, lo más prudente es refugiarse en alguna parte, pero sin demostrar miedo, porque entónces está perdido.

No teniendo medio de evitar el encuentro ni sitio á mano para refugiarse, lo mejor es permanecer sereno y rechazar con la fuerza cualquier agresion.

El valor impone á los moros y hace que respeten al que da muestras de tenerlo, al paso que abominan y desprecian al cobarde.

Las desgracias ocurridas á los europeos en estas procesiones son raras, pero con todo, el año pasado en esta misma ciudad mataron á pedradas á un infeliz comerciante italiano llamado Scoto.

Sin saber que había semejante procesion, salió de su almacén para ir á otro inmediato, y se encontró de manos á boca al volver una esquina con una cofradía de Isaguas, los cuales, al verlo, se arrojaron sobre él, y en pocos momentos le hicieron rendir el alma.

Hay además en el Imperio otras hermandades ménos feroces, aunque todas para excitarse se *jairrean*.

Tales son los Hamachas y Gilalas, cuyos patronos son Sidi Ali Ben Hamduch y Sidi Gilali.

Mas para quien estas sectas son verdaderamente terribles, es para los judíos.

El pueblo de Israel, tan apegado á sus intereses, huye, abandona todo cuanto tiene en las manos, atranca la puerta de su casa y cierra las ventanas cuando el tamboril y la penetrante gaita le anuncian la proximidad de Isaguas ó Darcaguas.

Y la verdad es que tienen razon y derecho para tener miedo, pues en todas las funciones, de cualquier género que sean, quien paga el gasto son los hijos de Jacob.

¿El pueblo moro está alegre y quiere solemnizar algun fausto acontecimiento? Pues no habrá cosa más divertida ni solaz más grato que dar un susto á un judío, hacerle alguna graciosa burla y reirse un rato con él.

Por el contrario, se ha recibido una noticia mala ó desagradable, el pueblo necesita desahogar su mal humor, y los judíos están allí para servir de pasto á las iras populares.

Para el antiguo pueblo de Dios no hay piedad ni compasion.

Los moros odian á los cristianos, pero los consideran valientes y los respetan, porque para ellos el valor es una de las primeras cualidades que debe adornar á un hombre.

A los judíos los odian tambien, pero además los desprecian por su asquerosa cobardía, por su natural bajeza y su refinada perfidia.

El traje de los judíos es diferente del de los moros, y como distintivo y señal de ignominia llevan siempre zapatos y bonete negro, excepto algunos, en especial en las provincias del Sur del Imperio, que adornan su barbuda cabeza con un pañuelo puesto como con tan inimitable gracia lo llevan nuestras muchachas del pueblo.

La primera vez que los ví con este tocado experimenté una sensacion de profundo disgusto, como si hubiera descubierto una cosa asquerosa, un aborto de la naturaleza, y al mismo tiempo sentí un vehemente deseo de arrancarles el pañuelo y con él las barbas que cubre.

En las repúblicas del Sur (tambien los moros tienen sus repúblicas) visten los hebreos lo mismo que los musulmanes, de quienes son esclavos y van á la guerra con sus amos, pero siempre llevan el bonete negro y de ellos no se cuenta ninguna heroicidad.

Los judíos, conformándose con su triste suerte con ejemplar resignacion, sufren los malos tratamientos de los moros y el desprecio de los cristianos, y de unos y otros se vengán arrancándoles moneda á moneda cuanto tienen, haciéndolos sus tributarios y obteniendo por el interes la consideracion y respeto que por la fuerza gozamos nosotros.

XI.

Mogador 18 de Agosto de 1875.

Despues de dia y medio de marcha por una vasta llanura sembrada de ruinas, encontré las montañas de Gebel Hedide (montes de hierro) habitadas por Bereberes de la tribu de *Recrec*, desde cuyas cumbres, altas de 704 metros, pude ver esta ciudad, término de mi viaje y donde ya me tiene usted instalado y á su disposicion.

Este puerto era conocido en el siglo XIV por los marinos españoles y portugueses que tenían por costumbre recalar aquí, dado que es el único puerto que desde Tánger se encuentra, pues los otros son radas abiertas y peligrosas ó rios de difícil barra.

Sin pretender qué sea lo cierto, daré aquí la eti-

mología del nombre europeo que tiene la ciudad, segun por tradicion lo he oido contar.

Hace muchos años, siglos tal vez, naufragó en el puerto un buque escocés, y los marineros, al refugiarse en tierra, unos cambiaron de religion para conservar la libertad y quizás la vida, y otros, más apegados á sus creencias, fueron muertos ó conducidos á los mercados del interior, donde los vendieron como esclavos.

Entre los que renegaron habia uno llamado Mac-Dulleg ó Mac-Dollet, que por su habilidad en curar y sus virtudes vivió y murió en olor de santidad, siendo enterrado en la playa, donde su sepulcro se conserva aún á una milla de Mogador; siendo muy visitado por peregrinos de aquellos contornos y aun de lejanas kábilas.

De Mac-Dollet hicieron los moros Mogodul, y Mogador los portugueses al establecerse en el puerto.

Esta ciudad dicen que está edificada sobre la antigua Erythræa, y unos capuchinos franceses que vinieron en mision á estas tierras dijeron que en 1628 Ab el Melek queria emplear sus esclavos cristianos en hacer un puerto en Mogador, y hablan de un fuerte que habia en la isla; pero por más que he hecho, no he encontrado ni en tierra ni en la isla más ruinas que las de un fuerte portugués que seria construido próximamente en 1500 y abandonado el siglo pasado, cuando los moros recuperaron á Mazagan. Este fuerte, donde no cabia más que una pequeña guarnicion, está situado en la ensenada del Sur sobre la orilla de un riachuelo llamado Gordet, y hablando de él dice Mr. Renou:

«Antes habia cerca de este cabo (Tejetna) una pequeña plaza fuerte, cuyo puerto era muy frecuentado por mercaderes portugueses. Los buques entraban en el vecino reino. Hoy está el rio sin duda muy lleno de arena y la poblacion por completo arruinada.»

El mapa catalan de este Imperio hecho en 1375 y otros más modernos señalan el puerto de Taftana, con más ó ménos alteraciones ortográficas, en este mismo sitio; pero lo que yo puedo decir á usted, despues de examinar detenidamente las ruinas del fuerte en cuestion, es que este es de construccion mucho más reciente, que es de forma circular, muy pequeño, y que cerca de él, á no ser que estén cubiertas por la arena y á gran profundidad, no se encuentran ruinas de ninguna clase; y, por último, que el rio, estrechamente encajonado entre elevadas colinas de arena, no creo que haya sido nunca bastante capaz para abrigar buques, por pequeño que fuera su calado.

A las inmediaciones del fuerte, ó por mejor decir, de sus ruinas, se encuentra remontando el rio un edificio cuadrado flanqueado por torreones y en muy buen estado, que se llama Dar el Baida (casa blan-

ca), residencia de los Sultanes: más léjos, sobre una colina de arena en la ribera izquierda del Gorhed, hay un pueblecito sin amurallar que dista unas dos millas de Mogador y que pudiera muy bien ser la ciudad de Taftana que señala el mapa catalan, si bien el nombre difiere mucho del de Diabat que hoy lleva la aldea á que me refiero.

Dadas las condiciones de Mogador, cuya vida es puramente artificial, no creo, como Mr. Renou, que el puerto y la ciudad portuguesa hayan existido nunca: lo más probable es que los portugueses, aprovechando la bondad relativa del puerto, se establecieron en él como punto de abrigo y para reparar las averías de sus buques, cosa que en ninguna parte de la costa podían hacer con más comodidad.

El carácter discolo de las kábilas que rodean á Agadir obligó al emperador Sidi Mahomed á echar en 1760 los cimientos de la ciudad de Mogador, que desde luégo se llamó Suera por los Arabes y Tazcurt por los Bereberes, cuyo significado en ambos idiomas es *dibujo, pintura*, durando las obras veinte años; pero ántes de su conclusion ya fué habitada, pues el Emperador cerró para el comercio el puerto de Agadir, castigando así á las rebeldes kábilas, y en 1768 obligó á varios negociantes europeos á establecerse en la nueva plaza, concluyéndose la puerta de la marina, segun la lápida que en ella se conserva, el año 1184 de la hegira, ó sea el 1773 de nuestra era.

La clausura del puerto de Agadir, las malas condiciones del de Saffi, el seguro abrigo que ofrecía el de Mogador, y, sobre todo, la proteccion del Sultan, dieron en poco tiempo á la nueva ciudad la gran importancia comercial que hoy tiene.

Mogador tiene su asiento en una playa protegida por grandes rocas de arena estratificada, entre las cuales se encuentran en abundancia raices fósiles de una especie de caña, ó por lo ménos de una planta cuyo interior se presenta hueco en los ejemplares que he visto. En las grandes mareas el mar inunda la playa, que es muy baja, y convierte á la ciudad en una península, unida sólo al continente por el camino de Saffi, que al Norte forma una especie de istmo, por cuya causa las inmediaciones de la ciudad son pantanosas.

Detras se extiende un vasto arenal, compuesto de menudos restos de conchas marinas, que agitadas por fuertes brisas de Nordeste que durante el verano reinan con gran constancia y fuerza, forman movibles colinas de 70 á 80 piés de altura, que no dejan asomar á la superficie la más pequeña planta.

Sin hablar del puerto, bastante notable para que á nuestros marinos les sea desconocido, haré sólo mencion de las fortificaciones y medios de defensa con que cuenta la ciudad, pasando despues á describir su interior.

A tres cuartos de milla se elevan, á 107 piés del mar, dos grandes peñascos, que defendidos por pequeños arrecifes forman un islote de 600 brazas de largo, que sirve de antemural al puerto, al cual se entra por dos pasas, situada una al Norte, y que por ser la más grande y limpia es la más usada; y la otra al Sur, conocida y frecuentada sólo por nuestros valientes marinos de Canarias.

La isla, compuesta de piedras areniscas y calcáreas, tiene á trechos alguna ligera capa de tierra vegetal; está surtida en abundancia de agua potable por un aljibe, y defendida por unas baterías admirablemente colocadas, pero cuyo único defecto consiste en no tener cañones.

En la ciudad, por la parte del puerto, hay un martillo unido á una gran cortina dominada por dos torres cuadradas, las cuales, con un tambor que defiende la playa del Sur y algunos bastiones en el Norte, constituyen las obras más serias de defensa, consistiendo las demas en murallas almenadas, flanqueadas por torreones que sirven para poner la plaza á cubierto de un golpe de mano de las rebeldes kábilas de Jaja y Siedma, pero incapaces de sostener un sitio en regla contra un ejército provisto de artillería.

La mayor parte de los cañones que montan estos fuertes son de hierro y construccion árabe, así como algunos morteros de bronce; los demas de este metal, y hay muchos, son belgas y españoles, fundidos estos últimos en Alicante, Sevilla y Barcelona con metales de Méjico y Perú.

Como compatriotas, los miré uno por uno, leyendo sus nombres, que todos tenían uno escrito cerca de la boca, y viendo las fechas y la cifra de Carlos III, que sin duda los regaló al emperador Mahomed, con el cual entónces estaba España en gran predicamento.

Entre los más notables, citaré uno firmado *Sevilla, Solano fecit 1743*, que ostenta entre muchas labores, una corona real cubriendo dos escudos ovalados el uno con las armas de España y el otro con las flores de lis.

El otro cañon es santo, porque tambien los cañones cuando cumplen bien con su deber llegan á serlo, y cuando me enseñaron este de que hablo, vi en las asas colgados muchos amuletos, y el soldado que me acompañaba lo besó con muchísimo respeto.

Esta pieza se llama *Antecesor*, lleva la cifra de Carlos III, y fué hecha en Barcelona en 1781.

La cureña es de hierro colado y representa un gran leon acostado; pero segun está de oxidada, creo que no sostendrá por mucho tiempo el enorme peso de *Antecesor*.

La ciudad se divide en tres cuarteles ó barrios, donde, separados por murallas y puertas que se

cierran á las nueve ó diez de la noche, segun las estaciones, vivimos en cordial compañía los cristianos, moros y judíos, viniendo por un acueducto el agua que surte á la ciudad, la cual, además, cuenta con varios pozos dulces y un manantial bastante rico.

La poblacion de Mogador, segun mis cálculos, es de 20.000 habitantes, clasificados de esta suerte:

Españoles.....	53
Ingleses.....	65
Franceses.....	14
Italianos.....	2
Alémanas.....	2
Moros.....	14.749
Judíos.....	5.115
TOTAL.....	20.000

Entre los ingleses van, como es natural, incluidos los gibraltarinios, que todos hablan preferentemente el español, y cuyo número es de 43 personas.

Segun sus religiones, se dividen en:

Católicos romanos.....	114
Prótestantes de diferentes sectas..	22
Moros.....	14.749
Judíos.....	5.115
TOTAL.....	20.000

Estas cifras no las doy como completamente exactas, porque no pueden serlo en un país donde no se conocen censos, empadronamientos ni registro civil, donde todos nacen y mueren con completa libertad y sin que la autoridad intervenga para nada en estos casos; pero, segun los informes que he tomado, son bastante aproximadas.

Los moros se ocupan en curtir pieles y fabricar correas, armas de fuego, gumías, tejidos de lana y seda, cordelería, utensilios domésticos de metal, bandejas de cobre cinceladas, alfarería, etc., mientras que los europeos y judíos tienen á su cargo el comercio de importacion y exportacion.

Esta consiste en maíz, habas y alguna vez garbanzos, pero en cortas cantidades; aceite de oliva, goma, almendras, cera, plumas de avestruz, tripas, pieles de cabra y esparto; mientras que la importacion consiste en acero, agujas, algodón en rama, hilado y tejido, alumbre, alambre, aguardiente de caña, arroz, azófar, azúcares, siendo las más usadas las de pilon, que tienen un gran consumo en el país; bujías en grandes cantidades, café, clavo de especia, cochinilla, cueros al pelo, hierro en barras, hoja de lata, papel, té en grandes cantidades, tejidos de cáñamo, de lana y de seda, y fósforos.

Entran, en porciones casi insignificantes, petróleo, abalorio, azogue, especería, productos químicos, provisiones, vinos y licores de Europa, artefactos de hierro, muebles, cristalería, loza y quincalla ordinaria, en grandes cantidades los tres últimos artículos; siendo los puntos de procedencia para el aguardiente de caña, petróleo, cochinilla, algun azúcar morena y seda, Canarias; para azúcar refinada, bujías, quincalla, tejidos de lana, muebles, licores y productos químicos, Francia; é Inglaterra para los demas artículos.

En esta poblacion predomina el elemento judío hasta el punto que, durante los sábados y dias en que el no trabajar es de precepto para ellos, se ven las calles desiertas, cerradas las tiendas y todos los negocios paralizados; así es que cuando las kábilas de Jaja sitiaron á Mogador en 1873, los valientes hijos de los Macabeos se apresuraron á poner en salvo sus riquezas é introdujeron el pánico en la ciudad.

Durante aquel sitio se vieron cosas notables, que revelan lo que es el carácter de los moros del campo y cómo entiende esta gente el modo de hacer la guerra; estando toda la historia de estos acontecimientos escrita en las cartas marroquíes que con el pseudónimo de Abdallá dirige á *El Calpense*, de Gibraltar, su ilustrado corresponsal, con cuya amistad me honro.

Pero ántes de este sitio sufrió Mogador un bombardeo y un susto.

El bombardeo se lo hicieron sufrir los franceses el 15 de Agosto de 1844.

El 11 de dicho mes la escuadra francesa, compuesta de tres navíos, una fragata, tres bergantines y seis vapores, amaneció frente á Mogador; pero la fuerte brisa que reinaba la obligó á mantenerse al largo, hasta que el 15 logró acercarse, rompiéndose el fuego por los moros en cuanto vieron que los buques estaban á tiro, sin que éstos respondieran hasta que cada cual ocupó su puesto.

A los pocos disparos los defensores de la isla abandonaron las baterías, y los franceses desembarcaron en ella 500 hombres, con lo cual el puerto calló sus fuegos y sufrió el diluvio de proyectiles que hicieron llover los franceses sobre la rendida ciudad.

En este combate, el cañon *Antecesor* ganó su opinion de santidad, maltratando malamente al navío *Jemmapes*, único que en la escuadra sufrió averías de consideracion.

En cuanto las autoridades y principales moros vieron que los franceses empezaban á desembarcar en la isla, creyeron que harían lo mismo en la ciudad, y la abandonaron precipitadamente, dejando á los moros del campo que entraran en la poblacion, la cual tuvo que sufrir los horrores de un espantoso

incendio acompañado del saqueo; pues los Beduinos, en su afán de robar y destruir, todo lo incendiaban para que no pudieran llevárselo los franceses, y hasta intentaron partir en pedazos algunos cañones y morteros de bronce, pereciendo á manos de los moros el italiano Sr. Bolelli, que con sus dos hijos se quedó en la ciudad.

El susto lo sufrió cuando nuestra guerra con Marruecos, pues alocados con lo que había sucedido en 1844, abandonaron la ciudad en cuanto supieron que se habían roto las hostilidades, y se establecieron en los campos y pueblos vecinos, lo cual dió lugar á una nueva entrada de los Beduinos, y nuevos robos y depredaciones; pero como no había resistencia ni miedo inmediato á los cristianos, no hubo los incendios ni asesinatos que he señalado cuando el bombardeo por la escuadra francesa.

En Mogador, entre los moros, hay poca aristocracia; pero, sin embargo, por poca que sea, hay alguna, y se la encuentra por las calles codeándose con los pobres con sus rotas y negras chilavas, medio desnudos á veces, pero siempre de una suciedad repugnante.

La vida del pobre es igual en todas partes: condenado á ganar la vida con el sudor de su rostro, los trabajos más rudos, los más viles y peligrosos son para él, y apenas le producen lo necesario para cubrir sus pocas necesidades, pues aquí los jornales varían desde 6 á 24 onzas del país. Sin embargo, en esta parte el moro pobre está en mejor posición que los cristianos en iguales circunstancias.

Generalmente tiene tres ó cuatro mujeres, y esto que para nuestros proletarios sería una carga insostenible, para los moros es una fortuna.

Mientras trabaja para ganar el jornal ó pasa el día en el café, cantando y tocando la guitarra, una de las mujeres teje tapices de lana, otra hace manteca, aquella se ocupa en trenzar esteras, fabricar jaiques, cuerdas ó cualquiera otra cosa. En fin, todas están ocupadas, y cuando el hombre vuelva á casa encontrará terminada la tarea que á cada una de ellas le impuso al salir, so pena de una paliza que el marido puede aplicar á sus mujeres cada vez que lo juzgue conveniente, sin que nadie, ni aun la autoridad, tenga derecho á intervenir en estas correcciones domésticas, cuya necesidad comprendió el Profeta al escribir el Koran, en cuyas páginas recomendó á los maridos que usaran sin escrúpulo de este medio de persuasión.

Con estos elementos, lo que en nuestras sociedades sería un mal, se convierte en una fortuna para el africano.

La mujer, que en estos países ni siquiera es un mueble, es para los ricos un animal de lujo que ocupa el mismo sitio que la gacela ó el caballo fa-

vorito, mientras que los pobres la consideran lo mismo que á su camello ó á su asno.

Sometida al hombre por las tiránicas y humillantes leyes del Koran, las que tienen la dicha de pertenecer á un hombre acomodado, viven en el ocio, pero encerradas y con más rigor vigiladas que en Europa lo suelen ser las que expían sus crímenes en las casas de corrección; al paso que las que se han casado con un pobre, si bien gozan de más libertad, tienen que alimentar con su trabajo la holgazanería y vicios del marido.

Este, al salir de casa, cierra la puerta, guardándose la llave, y suceda lo que suceda nadie sin su autorización puede entrar en aquel sagrado santuario.

La organización de la familia, aislando al hombre de la más bella mitad del género humano, privándole de ese dulce encanto que tiene en Europa el hogar doméstico, influye de un modo pernicioso en el modo de ser de la sociedad marroquí.

Las mujeres, encerradas siempre en un harem más ó menos cómodo ó hermoso, sujetas á veces á trabajos rudos y humillantes, sin educación de ningún género, despreciadas de sus padres y hermanos, envilecidas por sus maridos, obligadas á servirles la comida y á devorar después los restos de su mesa, pierden toda idea de dignidad y se convierten en animales de forma humana, limitándose sus aspiraciones á engalanarse con más ó menos gusto, comer mucho y engordar en proporción, pues los Marroquíes miden por arrobas la belleza de sus mujeres, y evitar el enojo de sus maridos, no para conservar limpia de nubes la atmósfera conyugal, sino para sustraerse al castigo.

Como se comprende fácilmente, la conversación con mujeres así educadas no puede ser variada; tiene siempre que versar sobre el mismo tema, y éste, por grato que sea, cansa pronto.

El hombre se ve obligado á buscar fuera de su casa el pasto intelectual, tan necesario á nuestra especie como el material; pero como les está prohibido beber, como no tienen periódicos ni libros, pues carecen de imprenta, tienen que concurrir á los mercados (zocos) y sitios públicos en busca de las noticias del día y celebrar á cielo abierto sus tertulias.

A causa de esto, todos los moros ricos, cualquiera que sea su posición social, tienen una tienda, mejor ó peor surtida, elevada un metro del nivel de la calle, y tan reducida, que el comerciante, sin necesidad de levantarse de la puerta donde está sentado, alcanza con la mano los géneros que pide el comprador.

Uniendo así lo útil con lo agradable, y pasando una á una las cuentas de su rosario, se distrae viendo á los transeuntes, recibe á los amigos que

vienen á visitarlo, sabe las noticias del día y conoce los precios del mercado, porque los corredores van de tienda en tienda llevando los géneros que les dan para vender.

Estas son las costumbres de la aristocracia; las del pueblo son más pintorescas, más originales, más libres, porque así como aquel rey encontró que el hombre feliz no tenía camisa, no parece sino que la libertad ha reñido también con esta prenda.

Gracias á sus pocas necesidades y muchas mujeres, los moros no trabajan siempre, y algunos jamás se toman esta molestia.

Vagando por las calles como perro sin amo, ligeros de traje, pues á veces una corta y no siempre entera camisa cubre sus carnes, buscan un rincón á propósito para dormir, y se tumban á lo largo de las paredes al sol ó á la sombra, según la estación, sin temor de que los atropellen los transeuntes, los cuales, á la inversa de lo que entre nosotros sucede, andan sólo por el centro de la vía pública, y por aquello de que hoy por mí, mañana por tí, respetan con cuidado el reposo de los durmientes.

Otras veces, acurrucados al sol, proceden á su limpieza, dando caza y matando centenares de los bichos que con tanto afán Sancho buscaba para saber, á falta de astrolabio, si había pasado ya la línea equinoccial cuando en las amenas riberas del Ebro se embarcó con su amo en el famoso barco encantado.

Concluido ó dado por tal este trabajo, porque nunca llegan por completo á extirpar los incómodos huéspedes, buscan su comida en las fondas, y luego van al café á hacer la digestión fumando el *kij*, que es una yerba narcótica, ó jugando á las damas sobre un grosero tablero y con piedras negras y blancas.

Antes de proseguir, es preciso que diga á usted cómo son las fondas, no vaya á figurarse que hablo de establecimientos como los que en el centro de Madrid ostentan lujosos escaparates atestados de obras maestras del arte culinario, ni siquiera de los miserables figones del Rastro.

Las fondas marroquíes ocupan sólo el marco de una puerta; su mobiliario consiste en un anafe de barro, un caldero, una sartén, unas parrillas y unas cuantas docenas de barritas de hierro, que sustituyen algunos con pedazos de caña.

El consumidor recibe en la palma de la mano los manjares, se sienta en cuclillas frente al cocinero y los consume con el mismo apetito que si se los sirvieran en ricas vajillas y blancas servilletas.

La cocina tampoco es muy variada.

Buñuelos, berengenas fritas, pedacitos de carnero ó picadillo de la misma carne atravesados en los hierros ó cañas y asados á la brasa, bastan á satis-

facer el gusto gastronómico de nuestros antiguos conquistadores.

Los cafés son ya más formales, pero todavía les falta algo para llegar al de Fornos.

Una sala más ó menos grande, adornada con vetustas telarañas, pavimento de tierra apisonada, paredes que se encalan cada dos años, llenas de boquetes, surcadas por profundas grietas y cubiertas hasta la altura de apoyo por una estera de junco, carencia absoluta de ventanas y una tupida red cubriendo la puerta para impedir que las moscas entren; tal es el aspecto de los cafés en este país.

Por las noches cuelgan de las paredes algunos candiles de lata, y del mismo metal son las cafeteras y tazas; y con estos elementos y las diversiones públicas de que ya hablé en otra carta, van pasando la vida sin sospechar siquiera las comodidades que tan necesarias son para el europeo, pero también sin estímulo para el trabajo y puede decirse que sin objeto para vivir, pues son unos verdaderos autómatas animales.

Ya habrá usted visto, por la descripción que de esta ciudad he hecho, que la rodea un extenso y estéril arenal que ocupa en torno de la ciudad una zona de dos leguas próximamente, al otro lado de la cual se encuentran campos cuyo subsuelo es por lo general de marga arcillosa y calcárea, cubierta por una ligera capa de tierra vegetal.

Estos campos son bastante fértiles, y mejor cultivados lo serían mucho más; pero lo más notable que en ellos se encuentra es un árbol que ha dado nombre á la región en que crece. Me refiero al *Argan* (*elaëodendron Argan* ó *argania sideroxyylon*), por el cual algunos geógrafos señalan esta comarca con el nombre de *región del argan*.

Este curioso árbol, que sólo crece en esta provincia del Imperio, fué conocido por Mármol, é igualmente ha llamado la atención de cuantos viajeros han visitado los campos donde se cria, que por cierto son muy pobres en vegetación.

El árbol, que crece casi en estado silvestre, pues pocos ó ningunos son los cuidados que los moros le dedican, tendrá de cuatro á seis metros de altura, espinoso, de ancha copa, cuyas lanceoladas hojas permanecen siempre verdes, raíces poco profundas y madera en extremo dura y revestida de una corteza cenicienta y rugosa; produce anualmente y en gran abundancia un fruto del tamaño de un melocoton pequeño y carnoso que contiene dos ó tres semillas del tamaño de almendras, color de avellana, lustrosas y extremadamente duras, pues la parte leñosa tiene de espesor muy cerca de dos líneas.

Dentro de esta envoltura está el albúmen, que es muy aceitoso y es el que da al árbol todo su valor y nombradía, pues de él se saca un aceite que sustituye al de oliva en muchos usos domésticos, y si

permitieran su exportación y se propagara su cultivo, tendría muchas aplicaciones en la industria.

El argan, que no le cuesta á los moros ni desembolsos ni trabajos, deja que cojan sus productivas semillas sin que el hombre se moleste ni se exponga á pincharse con las agudas púas de que están armadas las extremidades de sus retorcidas ramas.

Durante el mes de Marzo, que es cuando el fruto madura, los indígenas llevan á pastar sus ganados á los bosques donde el arganero crece en grupos de tres ó cuatro individuos, todos cargados de fruta, cuya carnosa pulpa comen con avidez los ganados vacuno, cabrio, lanar y los camellos.

A la noche, después que han hecho la digestión, se encuentran en el establo en abundancia las semillas ó huesos que el animal devuelve; de suerte que sin molestarse mucho los amos hacen la recolección, y para completarla no tienen más que recoger los frutos que no han podido alcanzar los animales, para lo cual vanean el árbol.

Recogida la preciosa semilla, la parten, tuestan la almendra y la muelen luego, bien en toscos almireces, bien en rudimentarios molinos de piedra, y sacan un aceite de hermoso color que, si bien no es grato al paladar estando crudo, frito reemplaza con ventaja al de oliva.

Este árbol, que fácilmente podría aclimatarse en nuestras provincias del Mediodía, y especialmente en las Canarias, sobre todo en los pelados cerros de Lanzarote, produce, además del aceite de su semilla y de la pulpa que con tanto gusto comen los animales de pezuña hendida, una madera dura y pesada, muy á propósito para hacer instrumentos agrícolas, y como leña produce gran calor y dura mucho.

Su aclimatación no creo que ofrezca dificultades, pues aún debe existir en el Jardín Botánico de Madrid algún ejemplar de los que plantó en 1804 el director de aquel establecimiento D. Claudio Boutelou, y supongo que habrá otros en Sevilla, en las Canarias y en una propiedad que el señor duque de la Torre tiene en Andalucía y cuyo nombre en este momento no puedo recordar.

Su cultivo tampoco exige gastos ni cuidados de consideración: basta que el clima sea cálido y la tierra no muy rica; pues se crían con preferencia en terrenos quebrados, compuestos de rocas calizas y arenosas cubiertas con una ligera capa de tierra vegetal, y se propaga lo mismo por medio de semilla que por estaca, aún cuando este último sistema es el que mejores resultados he visto dar en la práctica, pues las semillas, si bien presentan más facilidad y baratura, se desarrollan con más lentitud y suelen perderse en mayor número.

Como aquí puede decirse que el argan nace espontáneamente, es de suponer que, introducido en

nuestro país, podría perfeccionarse, ya porque el mejor cultivo y el ingerarlo perfeccionaran la especie, ya porque el aceite mejorara de calidad extrayéndolo con más cuidado y aparatos mejores que los que emplean los Árabes.

Aun cuando ya he terminado mi viaje y me hallo instalado en mi habitual residencia, en otras cartas me ocuparé de los vecinos países, apenas hollados por plantas europeas, y de los cuales daré á usted las noticias que he podido adquirir, por informes de los indígenas las unas, y las otras por lo que yo tomé en mi reciente viaje á Guadnun.

J. ALVÁREZ PEREZ.

(Continuará.)

EL ANILLO DE LOS NIEBELUNGEN.

I.

Dentro de pocos días recibiremos noticias del estreno de la ya célebre, aún antes de ser conocida, trilogía musical de Ricardo Wagner, que lleva el mismo título que estos apuntes. El nuevo teatro construido en Bayreuth por los sectarios del gran innovador habrá dado á conocer la gran obra, tan anunciada por todas las trompetas de los entusiastas del maestro, como esperada con afán por sus adversarios y con impaciencia por las personas imparciales. Para éstas, y para nosotros que nos contamos en su número, — á juzgar por lo poco que todavía conocemos en España de la llamada música del porvenir;—Ricardo Wagner tiene grandes aberraciones é indisculpables extravíos; pero al lado de ambos defectos un talento de primer orden y un entusiasmo sin límites por los que él creó principios fundamentales del arte. Negar grandeza y hasta grandiosidad á las concepciones del gran maestro, como pueden negársele espontaneidad, frescura y lozanía, sería negar la evidencia. Los lectores de la REVISTA EUROPEA conocen perfectamente las tendencias del innovador, las ideas del artista y el sistema del compositor: comprendiendo que como apóstol de una nueva doctrina, Ricardo Wagner, fanático ó inspirado, ha de tener siempre verdadera importancia en la esfera del arte, hemos procurado insertar en nuestras columnas cuantos estudios notables se han hecho acerca del maestro alemán, y hoy que sale á luz la tan esperada obra debemos dar á conocer su argumento y algunas noticias del teatro de Bayreuth, como preliminar de los artículos críticos á que debe dar lugar la serie de representaciones que ya habrán empezado á estas horas.

II.

El anillo de los Niebelungen, designada por su autor con el nombre de trilogía, es una ópera en tres jornadas y un prólogo, destinada á ser puesta en escena en varias noches consecutivas. Cada jornada y el prólogo tienen tres actos y constituyen una ópera separada, pero tan unidas y relacionadas entre sí, que forman un conjunto imposible de desarrollar en los límites de una gran ópera que sólo ocupara una noche. Unos mismos son los personajes, con las diferencias consiguientes á las épocas de la acción, que casi podría decirse abarca tres generaciones. Decoraciones sorprendentes, cambios y transformaciones tan atrevidas como nuevas, y argumento tan fantástico como complicado, hé aquí los auxiliares que á su música ha buscado Ricardo Wagner, que, como es sabido, es siempre autor de los libretos de sus óperas. No es nuevo seguramente esto en el gran innovador, para quien la maquinaria, la esplendidez en la *mise en scene*, los resortes de las magias y los argumentos fantásticos y nebulosos son tan necesarios y tan importantes y tan imprescindibles como la música misma en la concepción general del drama musical. En esto precisamente vemos una de sus aberraciones, aunque no la más capital... pero no es esta ocasión de emitir juicios; volvamos á nuestro propósito.

El prólogo se titula *El oro del Rhin*. Al levantarse el telón aparece una reunión de ondinas en lo más hondo del río, alrededor del *Oro del Rhin*, cuya guarda les había confiado Watan, el Odin germánico.

Tres de las ondinas, Waglinda, Wellgunde y Flossnilda nadan alrededor del arrecife, dorado por los resplandores del tesoro, cuya posesión lleva consigo la del Universo.

Alberico, rey de los Niebelungen ó enanos, ve á las ondinas, y las persigue para apoderarse de ellas. Durante esta persecución, sorprende el secreto de la potencia ilimitada otorgada al poseedor del tesoro.

Las ondinas se burlan de sus tentativas de seducción, y mientras rien de sus iras, Alberico se apodera de la masa de oro, y se hunde con ella hasta los abismos de su reino subterráneo.

Una vez allí, funde con este oro un anillo mágico que somete á su voluntad todos los genios de la tierra. Después de haber hecho acumular por éstos todos los tesoros del mundo, Alberico se propone, en cuanto llegue á ser superior á los dioses, subyugarlos á su vez y dominar el Universo.

Además de Alberico y de los Niebelungen, tienen los dioses por enemigos á los gigantes.

Watan les ha prometido entregarles á Freia, la Venus germánica, en recompensa de la construcción

de la Walhalla ó fortaleza destinada á servir de asilo á los dioses.

Concluido éste, los gigantes han reclamado su salario, y Watan, al rehusárselo, les ha prometido concederles en cambio lo que pidan.

Los gigantes piden el tesoro que Alberico ha reunido, gracias á su anillo mágico, á condición que este tesoro sea suficiente para cubrir enteramente á Freia.

Watan arrebató á Alberico sus tesoros y el anillo mágico, pero al cubrir con ellos á Freia, resultan insuficientes. Falta por cubrir un intersticio por el que pasa la mirada deslumbradora de Freia.

El anillo que da el poder supremo cerraría esta hendidura, pero Watan no quiere desprenderse de él.

Entonces aparece la profetisa Elda, que aconseja á Watan se despoje del anillo, que sólo es bueno para suscitar odios, atraer tristezas y causar la muerte.

Watan sigue este consejo, y entonces los gigantes se apoderan del anillo; pero sus dos jefes, Fafnez y Fassott, se disputan su posesión, y el primero mata al segundo, quedando Fafnez dueño absoluto del tesoro y del talisman.

La primera jornada se titula *La Walkiris*.

La Walkiris es Brunchilde, hija de Watan y de la profetisa Elda. El padre la había dotado de fuerza y valor y la madre del poder de leer en el porvenir.

De la unión de Watan y Elda han nacido también Siegmund y Sieglinda; esta es esclava del feroz Stunding.

Al levantarse el telón, Siegmund es el huésped de Stunding. Sieglinda, que le ama, le muestra la espada que asegura la victoria, tan profundamente clavada por Watan en el tronco de un fresno, que nadie ha podido apoderarse de ella. Siegmund consigue arrebatársela, y huye, llevándose consigo á su amada Sieglinda.

Stunding se pone en persecución del raptor. Watan se propone impedir que logre apoderarse de los fugitivos, cuando interviene su esposa Frichar, que reclama la muerte del raptor Siegmund y la venganza del marido ultrajado. Watan encarga á Brunchilde, la Walkiris, de la ejecución de este castigo.

Brunchilde se pone en busca de Siegmund, á quien encuentra dormido en el fondo de un valle, junto á Sieglinda. La Walkiris le ordena que la siga. Siegmund declara que antes que abandonar á Sieglinda prefiere matarla.

Brunchilde queda subyugada por este amor tan profundo, y defiende con su escudo á Siegmund, atacado por Stunding.

En lo más reñido del combate aparece Watan entre truenos y relámpagos. La espada de Siegmund se rompe y él cae mortalmente herido. Brunchilde,

que ha desobedecido á Watan, huye despavorida, llevándose á Sieglinde.

Watan ha decidido vengarse de la desobediencia de Brunchilde, la Walkiris.

Esta, llevando consigo á Sieglinde, se refugia en la cima de la montaña donde se reúnen los demás Walkiris para descansar de las fatigas de los combates y oculta á Sieglinde en un bosque vecino.

Watan aparece, y, en presencia de los Walkiris, echa en cara á Brunchilde su delito, condenándola á permanecer dormida sobre la roca en que pasa esta escena, entregada sin resistencia á los deseos del primer viandante que se presente.

Brunchilde pide y alcanza que el que deba hacerla suya sea un héroe y tenga que atravesar un círculo de fuego, que Watan establece como defensa alrededor de la virgen dormida.

Siegfrid, cuyo título lleva la segunda jornada, es hijo de Sieglinde; la esposa infiel de Stunding que había huido con Siegmund.

El Destino había dispuesto que Siegfrid fuese el héroe que había de poseer á la hermosa Brunchilde, y guiado por el canto de un pájaro encantado, se dispone á subir á la montaña en cuya cima se encuentra adormecida Brunchilde, cuando aparece Watan, que acaba de saber de labios de la profetisa Elda es Siegfrid el que el Destino ha elegido para poseer á Brunchilde.

Watan lucha con Siegfrid, pero su lanza se rompe contra la invencible espada de Siegfrid; hecha con los pedazos de la de su padre Siegmund.

Watan queda vencido, así como también los dioses en su persona; y Siegfrid se apodera de Brunchilde.

La tercera jornada, que se titula *El ocaso de los dioses*, empieza con la partida de Siegfrid en busca de aventuras, dejando á Brunchilde el anillo mágico de Alberico.

Alberico tiene un hijo legítimo, llamado Günther, y un bastardo nombrado Hagen, que decide arrebatarse á Brunchilde el anillo mágico.

Siegfrid llega á casa de Günther, que le hace beber un licor mágico, con el cual se logra el olvido absoluto del pasado. Siegfrid olvida, pues, á Brunchilde y ama á Guttrune, hermana de Günther.

A petición de Günther, que ama á Brunchilde, Siegfrid va á buscar á ésta, le quita el anillo y lo entrega á Günther sin que Brunchilde lo note, gracias á un cambio de armaduras.

Al entrar en el palacio del que Brunchilde cree es Siegfrid, ve á éste á los pies de Guttrune; comprende lo que se trama contra ella, é ignorante del brebaje que ha hecho perder la memoria á Siegfrid, jura vengarse de él, de concierto con Günther y Hagen.

Brunchilde lleva á cabo su venganza; Siegfrid,

extraviado cazando, llega á orillas del Rhin, donde tres ondinas le reclaman el anillo mágico, que le dicen causará su perdición.

Siegfrid rehusa, y á poco Günther, Hagen y Guttrune se reúnen con él. Hagen atraviesa por detrás con su espada á Siegfrid. Este cae mortalmente herido, y recobrando la memoria antes de espirar, revela á Günther y á Guttrune su amor hacia Brunchilde.

Llegado á su castillo, Siegfrid echa en cara á Hagen su traición, se bate con él y cae herido de muerte.

Brunchilde aparece entonces, se acerca á Siegfrid muerto, le quita del dedo el anillo mágico, y hace trasportar el cadáver sobre una pira elevada al pie de la Walhalla, que es la fortaleza de los dioses.

Montando luego en su caballo de Walkiris, Brunchilde sube de un brinco á lo alto de la hoguera junto al cadáver de Siegfrid. Una llama inmensa, que todo lo consume, se eleva hasta el cielo, y las aguas del Rhin, creciendo súbitamente, hacen desaparecer las cenizas de Brunchilde y Siegfrid.

Hagen quiere precipitarse en el río para buscar el anillo mágico. Dos ondinas, Vagnelinde y Vellgunde, le arrastran al fondo del abismo, donde perece.

Flossnilde, la ondina guardiana del tesoro del Rhin, aparece entonces mostrando el anillo, que quedará enterrado para siempre en los abismos más profundos del Rhin, y un resplandor rojizo que ilumina la escena anuncia el incendio de la Walhalla y la destrucción de los dioses en él encerrados.

III.

Todos los artistas que toman parte en la ejecución de *El anillo de los Niebelungen* son alemanes y los más notables de aquel país. En el prólogo las señoras Grün, Haupt, Jaide, Lehmann (de Berlin), Lehmann (de Colonia) y Lammert, y los señores Baz, Lembad, Vuger, Vogl, Eilers, Reschemberg, Hill y Schlasser. En la primera jornada toman parte las señoras Scheffzky, Materna y Grün, y los señores Niemann, Niering y Baz. Desempeñan las principales partes en la segunda jornada las señoras Jaide y Materna, y los señores Vuger, Schlotter, Wolff, Hill y Reschemberg; y en la tercera y última las señoras Materna, Weekerlin y Jaide, y los señores Vuger, Gura, Kœgl é Hill.

El teatro de Bayreuth se ha construido por suscripción entre los adeptos de Wagner y con la protección del rey Luis II de Baviera, que nunca se cansa de ser el Mecenas del gran innovador. Es de madera, capaz para 4.000 personas, esbelto y sólido, y dotado de una tramoya de las más prodigiosas que pueden imaginarse. Las decoraciones se mueven al vapor; un enorme depósito de agua per-

mitirá anegar instantáneamente el coliseo en caso de incendio, y de la caldera que engendrará la fuerza destinada al movimiento escénico parten diferentes tubos, que, por medio de aparatos especiales, condensan ó dilatan el vapor de modo que imite con propiedad pasmosa las nieblas, las nubes y otros accidentes atmosféricos.

Todos los artistas trabajan gratuitamente, y la orquesta, no aparente como en los teatros actuales, sino oculta dentro de un foso abierto entre el escenario y la sala, con objeto de que no perjudique á la ilusión la vista de los músicos y de que se amalgame en una armonía homogénea el sonido de todos los instrumentos, será dirigida por Wagner en persona.

Para concluir diremos que, tratándose de una obra de tan colosales proporciones que exige por lo ménos ocho ó diez días para su representación completa, y dotada de innovaciones tan atrevidas, tememos mucho por la reputación de Wagner, cuyo espíritu se presta tanto á las exageraciones. No nos referimos á Alemania, donde las ideas y el estilo de Wagner han llegado á formar una escuela entusiasta con todas las exageraciones y preocupaciones de las sectas fanáticas. Tememos por la reputación de Wagner en el juicio de las personas imparciales y de los mil profesores de todas las naciones que han acudido ó se disponen á presenciar las representaciones de *El anillo de los Niebelungen*.

Deseamos de todas veras equivocarnos. Amantes como los que más de todos los adelantos y de todos los progresos, nuestro mayor placer sería saludar en Ricardo Wagner al regenerador, no del arte musical, como dicen muchos, sino de la rama especial del arte que se llama drama lírico.

M. SOLOGUREN.

CRÓNICA GEOGRÁFICA.

IMPORTANTES DESCUBRIMIENTOS EN ÁFRICA.—EL VIAJE DE ENRIQUE STANLEY.

La natural impaciencia con que se esperaban por todos noticias ciertas y directas del intrépido explorador de África, Enrique Stanley, empieza á calmarse algún tanto por los interesantes detalles que acaba de recibir el *Herald* de Nueva-York á cuya costa hace el viaje y los estudios necesarios el célebre periodista-corresponsal.

Nada se sabía de Stanley desde Junio de 1875, y muchas personas empezaban á abrigar serios temores, cuando han llegado las deseadas noticias en cinco cartas interesantísimas que ha dado á luz el

Herald y de las cuales extractamos lo más importante.

Con esa voluntad de hierro de que ya ha dado bastantes pruebas, y siguiendo el glorioso trazado que dejó Levingstone para toda exploración del África ecuatorial, Stanley llegó á realizar la obra de circunnavegación del gran lago de Victoria, fijando su área, perfiles, bahías, islas, ríos tributarios, y montañas y llanuras circunvecinas, atravesando también por en medio el lago, y penetrando por último en la parte Sur que estaba todavía sin explorar.

El resultado de estas últimas exploraciones encierra descubrimientos geográficos y etnográficos de la mayor importancia. El *Herald* se anticipa á decir, que los detalles que á su tiempo verán la luz pública son de un interés superior á toda ponderación, sobre todo respecto de esa feracísima región ecuatorial al Sur del nacimiento del Nilo, de la que todo se ignora aún en el mundo civilizado.

No pocos riesgos y penalidades, como es consiguiente en tales empresas, ha tenido que arrostrar el intrépido Stanley. Más afortunado que Sir Samuel Baker, quien hace algún tiempo pudo escapar con gran trabajo de las garras de los salvajes de aquella región, dejando por tanto incompletos los trabajos que había iniciado bajo los auspicios del Khedivé de Egipto, el valeroso Stanley y su comitiva, batiéndose con toda la serenidad de ánimo de que se hallan poseídos los hombres de corazón y perseverancia, pudo, al cabo de grandes afanes, llegar al término que tanto deseaba, después de haber infligido el castigo que se merecían los naturales de Bumbireh, habitantes de la vasta y extensa isla que se encuentra al Oeste del lago Victoria Nyanza.

La notable montaña llamada Gambaragara, que sólo á bastante distancia habían llegado á ver algunos viajeros, se halla habitada, según Stanley, por una raza amarilla que se diferencia mucho de la de piel negra que habita las llanuras, descubrimiento de gran importancia para ulteriores estudios.

Stanley ha descubierto la fuente principal del Nilo, que es el río Shimeeyu, el cual nace entre los grados cuarto y quinto de latitud Sur, y corre hacia el Nordeste hasta desembocar en el lago Victoria. Si esta fuera una corriente de agua de pequeño caudal podría desecharse, y el lago Victoria sería en realidad la fuente del Nilo, así como el lago Superior está reconocido como la fuente del río San Lorenzo. Pero como el Shimeeyu es un río de consideración, pues tiene de 400 á 500 millas de largo, debe reconocerse como la fuente del Nilo.

A la fecha de las últimas noticias se estaba preparando Stanley para regresar al lago Alberto, donde pensaba detenerse algún tiempo hasta madurar un plan para nuevas y más atrevidas exploraciones. Como cuanto se publique sobre aquellas desconoci-

das regiones es de gran interes para la ciencia, tendremos al tanto á nuestros lectores de lo que sobre el particular vaya dando á conocer el *Herald*, ese órgano, no ya de New-York, como él se titula, sino de la union americana entera, por lo mucho que en toda ella se lee, por su decidida eficaz proteccion á nobles atrevidas empresas y por la pasmosa, inaudita actividad con que se dedica á satisfacer la curiosidad pública.

E. S.

CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE FILADELFIA.

EL DEPARTAMENTO DE AGRICULTURA.—LA EXPOSICION AGRÍCOLA DE ESPAÑA Y DE LA ISLA DE CUBA.—LOS VINOS ESPAÑOLES.—EL TABACO FILIPINO.—EL GRAN SALON DE MAQUINARIA.—TREINTA MIL CUELLOS AL DIA.

El departamento general de Agricultura, aunque feo en su construccion, presenta en su interior un aspecto muy agradable, y hasta hermoso, por la diversidad de productos que contiene de todas las naciones, y la magnífica maquinaria que tanto ha enriquecido este país.

España presenta muchos productos que llaman bastante la atencion, sobresaliendo los vinos, aceites y conservas. Entre los más notables por su calidad y delicadeza están el vino de las Cuatro Perlas del Puerto de Santa María, de D. Serafin Alvarez, que tanta aceptacion tiene en Cuba é Inglaterra; los secos de los Sres. Oliver hermanos, de Barcelona; el Dorado de D. Alejandro Santarelli, de Jerez de la Frontera, y otra multitud de clases. La sidra de Gijon y el chacolí de Navarra están tambien dignamente representados. Sensible es que la mayor parte de las botellas no tengan etiquetas impresas; en esto, como en otras cosas de importancia secundaria, pero de efecto exterior muy notable, España, ó los expositores españoles, tienen lamentables descuidos.

La isla de Cuba está muy pobremente representada en este departamento: hay dos expositores de azúcar, D. Juan Poey y la señora de Iznaga, cuyos azúcares, aunque buenos, no son los mejores de Cuba. Las fábricas de tabacos tambien se han quedado rezagadas.

Los manileños se han portado bien: presentan una magnífica vidriera de tabacos elaborados, que pueden considerarse tan buenos como los de la Vuelta de Abajo.

Llaman mucho la atencion los chocolates de la Nacional de Madrid, y un arado presentado por el cubano D. F. Perez.

En el magnífico salon de maquinaria, en el que, sin que atinemos la causa, España no presenta nada, se han hecho repetidas y magníficas pruebas de los serruchos llamados *Relámpago*, contruidos por E. M. Boyton. A una órden del inventor, dos hombres se apoderaron de los serruchos y cortaron un trozo de leña, de 14 pulgadas de diámetro, en ménos de siete segundos. La concurrencia quedó asombrada de la prontitud.

Llama tambien la atencion la magnífica máquina de cortar sobres y hacer cuellos, de Lockwood y Compañía, y la que de un rollo de papel, ó papel y género, pega, empasta, ribetea y hace ojales á razon de 30.000 cuellos por dia.

La máquina automática para cortar sobres, los dobla, engoma y cuenta á razon de 120 sobres por minuto.

Hay otra que imprime 60.000 sobres al dia; y para que se pueda formar una idea de su velocidad, se exhiben las antiguas cuando se trabajaba á la mano.

Son muy interesantes los telares para hacer paños y sedas que exhiben los Sres. L. J. Knowles y hermanos de Worcester, Massachussets. En ellos se pueden hacer los casimires de colores más complicados. Tienen un solo golpe de accion, y los mejores mecánicos han tratado de imitarlos, pero han salido fallidas sus pretensiones. Es indispensable verlos trabajar, para poderse formar una idea de sus excelentes cualidades.

La casa de Tomas Wood, tan conocida en la América del Sur por las buenas máquinas que construye, exhibe su nuevo telar denominado *La Estrella*. Su ligero mecanismo y fácil construccion lo hace adaptable para las manufacturas de sedas, casimires, alpacas, muselinas y géneros de hilo. Es tan fácil de manejar, que hasta un muchacho puede ponerlo en movimiento.

A. LEON.

COMUNICADO.

Señor Director de la REVISTA EUROPEA.

Mi estimado amigo: En el número 129 de su apreciable REVISTA aparece un artículo titulado: *La cátedra de prehistoria del Ateneo y su censor Revilla*, en que el Sr. D. Juan Vilanova pretende contestar á las censuras que hube de dirigirle en la *Revista Contemporánea*, con motivo de sus explicaciones en la cátedra referida.

Como para contestar al Sr. Vilanova en el tono que su impertinente artículo merece, me sería forzoso descender á un género de polémicas que no interesan al público y que me son altamente repul-

sivas; como, por otra parte, la edad del Sr. Vilanova le hace acreedor á ciertas consideraciones á que tendría yo que faltar si le contestara, y como en su artículo no hay ninguna razón seria ni argumento científico que merezca contestacion, sino únicamente una serie de personalidades mezcladas con ciertas cosas que quieren parecer chistes y no lo son, renuncio á responder á semejante sarta de inconveniencias y pongo fin á esta, que no sé si llamar polémica; proponiéndome no volver á ocuparme para nada del Sr. Vilanova, mientras dicho señor no haya aprendido las reglas de cortesía que deben observarse en debates científicos sostenidos entre personas de buena sociedad.

Si el Sr. Vilanova quiere tratar en serio y cortésmente la cuestión que ha dado origen á esta polémica, medios tiene para hacerlo, y no seré yo quien me niegue á contestarle. Provoque ese debate en la seccion de ciencias naturales del Ateneo, y allí nos veremos; entre tanto, no espere que yo pierda el tiempo y abuse de la paciencia del público entreteniéndome en contestar á sus gracias desgraciadas.

Sabe usted que le estima su afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M.,

M. DE LA REVILLA.

MISCELÁNEA.

Viaje alrededor del mundo.

Se ha hablado recientemente de un proyecto de viaje alrededor del mundo, realizando la ficcion de Julio Verne, y excediéndola todavia, puesto que dicho viaje debía efectuarse en ménos de ochenta dias. El proyecto, concebido por dos empresarios americanos, MM. Yarett y Palmer, directores del teatro de Booth de Nueva-York, está ya en plena vía de ejecucion. El dia 1.º de Junio los viajeros salieron de New-York, adonde regresarían dentro del plazo máximo de ochenta dias. Son veinticinco los viajeros; además de los jefes de la expedicion, van cuatro actores, un juez, un periodista de Nueva-Orleans con dos amigos suyos, dos caballeros ingleses, un general, un ex-funcionario, un corresponsal de un periódico de Lóndres, cinco caballeros de Nueva-York, el corresponsal del *Times*, y los corresponsales del *Journal des Debats*, del *Times* de Nueva-York y del *New-York Herald*, con algunos amigos.

El tren se compone de una locomotora, un furgon para equipaje, un wagon de fumar y un wagon-fonda. Este último está adornado con lujo asiático. Se camina á razon de una legua por cada tres minutos. Todos los trenes suplementarios de la línea de Nueva-York á San Francisco sufren demora, y no parten sino veinte minutos despues de haber pasado el tren de los viajeros consabidos. El dia de la salida de éstos de Nueva-York tuvo lugar una demostracion imponente. Se habia reunido en la estacion una multitud inmensa llena de entusiasmo.

El delirio era indescriptible en las poblaciones en que iba parando el tren. El dia 4 de Junio á las nueve y treinta y nueve minutos llegaba el tren á San Francisco. Para salvar la distancia enorme que separa la capital de California de Nueva-York se emplearon ochenta horas con veinte minutos, esto es, cerca de tres dias y medio; hasta se ganaron dos horas y media sobre la duracion, fijada ya de antemano, del trayecto. Una recepcion magnífica aguardaba á los viajeros, quienes rendidos de cansancio como lo estaban, agradecieron entusiastas tan brillante ovacion. A la salida del correo continuaban los regocijos en San Francisco de California.

La Exposicion de artes industriales en París.

En los primeros dias de este mes se ha celebrado la inauguracion oficial de esta Exposicion, que es bastante notable.

Los productos cerámicos dominan entre los productos expuestos. En una primera sala se exhiben y pueden estudiarse los trabajos presentados para los certámenes de las escuelas gratuitas de dibujo que existen en todo el territorio frances. En las salas llaman la atencion los bocetos de grandes pinturas decorativas, la rica serie de dibujos de los monumentos históricos de los castillos, monasterios, abadías, fortalezas, palacios, iglesias, capillas, mausoleos, frescos, mosaicos, etc., que existen en Francia, así como los vaciados y yesos destinados á la reproduccion de estatuas, capiteles, etc., de la Edad Media y el Renacimiento.

Otra sala está consagrada á los cuadros y dibujos de una riqueza considerable que pertenecen á la ciudad de París.

Pero la seccion capital de esta exhibicion la constituyen los tapices, que han de suministrar á la crítica los materiales más variados y completos. El antiguo guarda-mueble de la corona, las manufacturas de los Gobelinos y de Beauvais han enviado al Palacio de la Industria lo más preciado de sus colecciones. Las provincias, los departamentos y la Inglaterra han enriquecido la exhibicion. España tiene anunciado el envío de sus importantes colecciones; pero hasta ahora ni ellas ni las de Italia figuran en la Exposicion.

Tal y como es, esta seccion permite ya seguir paso á paso el magnífico desarrollo del arte de la tapiceria en Flandes y posteriormente en Francia, durante los siglos XVII y XVIII.

El que visita la Exposicion se da cuenta de los procedimientos mecánicos con que se confeccionan los tapices, pues en uno de los salones hay dos telares que funcionan á vista del público.

Además de los tapices, que son de una riqueza inmensa, se han expuesto tambien admirables muebles históricos y una serie soberbia de bronce y porcelanas del Japon y de la China.

La Exposicion es, en resumen, sumamente interesante, tanto bajo el punto de vista retrospectivo como bajo el de las actuales combinaciones del arte con la industria.